



COR

DIEZ RELATOS

CO

S O B R E T O L U C A

VA

SELECCIÓN Y PRÓLOGO

A L O N S O G U Z M Á N



**CORCOVA, DIEZ RELATOS
SOBRE TOLUCA
ANTOLOGÍA DEL TALLER
DE NARRATIVA DE *GRAFÓGRAFXS***

**SELECCIÓN Y PRÓLOGO
ALONSO GUZMÁN**

*El espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos,
reconocernos y escribirnos*

**CORCOVA, DIEZ RELATOS
SOBRE TOLUCA
ANTOLOGÍA DEL TALLER
DE NARRATIVA DE *GRAFÓGRAFXS***

**SELECCIÓN Y PRÓLOGO
ALONSO GUZMÁN**

José Edmundo Hernandez
Oscar Juárez Becerril
Yahaira González Barajas
Goyo Rotten
Adrell Romero
María Azucena Robledo Lara
Marifer Michel
Andrea Villarreal
Alejandra Gotóo
José J. González



EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑADOR

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

CORRECCIÓN DE ESTILO

Vania Heredia

Fátima Maris

PORTADA

Sergio Ernesto Ríos

Prólogo

Las espinas de la manzana salvaje

*Una ciudad hecha de huesos grises
se abandona a mis pies.*

ALFONSINA STORNI

Prefiero imaginar que estamos asilados en la mirada de un dios deforme. Siempre he creído que Toluca fue trazada por un cuerpo quebradizo, como si una mano de seis dedos dibujara en la tierra una cara con diez ojos. Es suficiente ver la cuadrícula de sus calles para percatarse de que sus ligamentos están alineados con el ritmo de otra geometría. Se siente su cadencia frágil y su espiral tronchada.

Prefiero la mirada perdida de un dios drogado, cabizbajo como las vértebras de un reno moribundo. Me siento bien aquí, en sus colinas recortadas por una mano loca, en el resuello de la epifanía y la fiebre, en la indiferencia gris de los pueblos que brotaron en su carne. Me siento bien en este rincón del mundo, diminuto y opaco, apenas un suspiro en la gran respiración del planeta.

Veo en el mapa del valle el embotamiento de quien lo ha perdido todo y aprieta los puños ante la hebra de su voz áfona. Veo en la ciudad la continuidad de la mordaza y el sino de las conquistas y el olvido. Es imposible no percatarse de que los sueños se mutilan y las esperanzas se corroen bajo el cobijo de

Toluca. Veo que un descuido sideral se asoma por los labios de un dios que ha preferido el vértigo de la datura y nos ha convidado a su fiesta de espinas sin preguntarnos. Veo esta danza de escombros y cerebro.

Más de quinientos años de una ciudad que se imaginó desde lo invisible nos pegaron en el rostro y no queremos, de nuevo, permanecer callados. Entregamos estos diez relatos ideados desde la sorpresa y el azar, desde la experiencia de recorrer sus calles con devoción o asco. Intentamos escribirla desde la maravilla y el pasmo; seguimos sus avenidas derruidas y la buscamos siempre, desde sus orillas y su pulpa.

Diez narradoras y narradores se entregaron al juego despiadado y soez de la ciudad; se enredaron en sus hilos y fueron sus aedos y sus conspiradores. Será una ofrenda para el dios de la corcova o un repositorio más para guardar las cenizas de una generación que se calcina en su sonrisa de fuego. Será un recorrido por sus tentáculos o se invertirá el flujo de su veneno con otro flujo y otro veneno.

Prefiero imaginar que el manjar predilecto del dios Tolo es el olvido. Si es así, aquí está la ofrenda, la tinta y la carne, para su extravío. Aquí va una máscara garabateada en su rostro, mientras drogado inclina la cabeza para resoplar sobre el valle. Aquí van diez espinas de una manzana salvaje para su desquicio.

ALONSO GUZMÁN

JOSÉ EDMUNDO HERNANDEZ

(Toluca, Estado de México, 1989). Licenciado en Composición Musical, pasante en Instrumentista Musical en Guitarra Clásica y en la licenciatura de Contaduría. Obtuvo el apoyo de la Beca del Fondo de Cultura y las Artes del Estado de México en 2017. Es integrante del taller de narrativa de la revista *Grafógrafxs*.

El catafalco escarlata

catafalco. *1. m. Tímulo adornado con magnificencia, el cual suele ponerse en los templos para las exequias solemnes.*
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El documento cuyo folio en la esquina superior derecha es 19/84 y está rotulado con el título “Catafalco Escarlata” es, sin duda, uno de los archivos más importantes y sobresalientes sobre la historia de la ciudad de Toluca.

Recibí un correo electrónico de un remitente desconocido, quien me hizo llegar una serie de documentos, informándome que fueron extraídos de manera ilegal y enviados directamente. Al parecer conoce bien mi trabajo y el campo en el que me desarrollo. Este misterioso personaje fue tajante al mencionar que no sería necesario enviar alguna respuesta, ya que la cuenta de correo había sido creada sólo para esta tarea, y sería eliminada una vez cumplido su objetivo.

Siendo presa de una curiosidad descomunal, de inmediato imprimí los archivos que contenía el correo, los cuales estaban divididos en dos partes: la primera era un millar de hojas, las cuales describen la naturaleza del catafalco, sus características, e incluyen especificaciones sobre el lugar donde fue encontrado, así como significados y pormenores de cada uno de sus detalles; la segunda contiene un centenar de imágenes de alta calidad, en las que aparecen retratados cada uno de los segmentos a detalle de ese objeto. Cabe resaltar que dicho

catafalco (según lo escrito) fue destruido, eliminado completamente, por lo que estas imágenes son las únicas pruebas de su existencia. Por lo anterior, aumenta la discreción y delicadeza con la cual debe ser tratada esta información.

Fecha en diciembre del año 2..., la hoja número 2 presenta un membrete con tres escudos: en el margen superior derecho se encuentra el escudo del Estado de México; en el otro extremo, el escudo del Municipio de Toluca; y justo en el centro, un sello de color rojo, cuyas letras centrales, SPH (Sociedad de la Perpetuidad Histórica), son adornadas por diversos símbolos, de los cuales desconozco completamente su significado y origen. El documento fue escrito con una caligrafía pulcrísima, y en este se describen los detalles del hallazgo de un catafalco piramidal de madera, encontrado en perfecto estado en las remodelaciones que se están llevando a cabo en la Plaza de los Mártires o plancha principal de la ciudad de Toluca. Al parecer su descubrimiento causó gran revuelo entre los trabajadores de la construcción, debido a lo llamativo del rojo escarlata y dorado que cubrían este objeto. Hasta el momento no he podido localizar a ninguno de los trabajadores referidos en el texto, pues, a pesar de la solicitud correspondiente y de los contactos que tengo en varias instituciones de gobierno, no se me ha podido dar referencia acerca de alguno de ellos y no hay registros al respecto, ni siquiera en las bases de datos del seguro social.

El texto continúa mencionando el proceso de su traslado y resguardo, tras ser extraído con los estándares arqueológicos

más estrictos. En el documento se asegura que fue reubicado con la ayuda de helicópteros privados y bajo un riguroso hermetismo ante medios de comunicación y cualquier persona no autorizada para estos procedimientos. Su localización y, por ende, lugar de estudio fueron omitidos. Destacan la minuciosidad y el rigor con los que fueron estudiados a detalle todos los centímetros del objeto. El legajo de información es tan vasto que el objeto en cuestión parece haber sido estudiado por cientos de expertos en materia de tipografía, interpretación de símbolos, pintura, lingüística, semiótica, biología, química... Es necesario referir que en ese mismo documento se detalla la manera en que fue destruido, y lo que se hizo con los residuos. No obstante, se omite completamente el porqué de esa acción.

Enseguida, me permito describir las características físicas sólo de la base y del primer lienzo del catafalco.

Es un cuerpo que mide 3.33 x 3.33 metros de ancho y .99 de alto. Lo primero que llama la atención en las imágenes es el color rojo escarlata con el que está pintado, y los contrastes en tono dorado. Haciendo un examen más detallado puede observarse que la composición de ese rojo escarlata no es homogénea, pues tiene diversas tonalidades que en conjunto le dan un realce y se permean para crear efectos de contrastes y profundidad dentro de la misma composición. En el documento se detalla que las pruebas de laboratorio dieron como resultado pigmentos hechos a base de productos orgánicos, en su mayoría sangre humana y de animales. En sus aristas verticales y superiores se presenta una cenefa imitando pasamanerías

y encajes, lo que le da una textura cercana a un bordado. La figura central es una especie de humanoide acostado boca arriba con las manos entrelazadas en la parte baja del ombligo, cubierto por una túnica simple bañada en oro. Su cabeza está en una orientación hacia la izquierda, lo cual no permite determinar sus características faciales, dándose una aproximación por ciertos rasgos que se logran apreciar a través de los detalles tan precisos de la pintura. Dentro de esta escena, ya de por sí tensa y saturada, se logra ver un lema, con letras escritas con oro y en alemán antiguo (según corroboré con el documento). Tomando como referencia el citado texto, coloqué la traducción de dicho lema:

“La verdad siempre a los pies de lo evidente”

Cabe mencionar que a simple vista es difícil apreciar los detalles en esa primera cara de la base del catafalco; sin embargo, las imágenes de alta resolución solucionan ese problema con diversas tomas casi centímetro por centímetro. Con esos acercamientos al contorno, que parecía sólo una cartela, es posible distinguir un texto que transcribiré a continuación, el cual al parecer contiene una narración de algo ocurrido en la ciudad de Toluca:

A la postre de este altar veneramos con sacrificios este divino momento donde has elegido nacer y comenzar tu reinado. Has escogido este sitio que lleva por nombre Plaza de los Mártires, donde sangre pura fue derramada hace tiempo y de la cual te alimentas y fecundas tu espíritu. Viernes Santo elegiste para ser

concebido y 1023 cuerpos seleccionados con rigor, para que cada uno de ellos al ser sacrificado te transmitiera sus virtudes y puedas alcanzar la plenitud infinita. Un mar de sangre bañó la plaza una vez más y a la par el ritual de fecundación se llevó a cabo, mujer y hombre encarnaron sus más bajas pasiones y con el último rayo de sol de ese atardecer quemante fuiste eclosionado tú y tus demás súbditos en una orgía de desenfreno. En esa plaza teñida de rojo escarlata, hombres y mujeres culminaban con pasión y desenfreno los instintos primitivos que los llevaron ahí, fieles creyentes entre gemidos y quejidos de dolor y placer atormentaron gran parte de la noche a los curiosos y resguardados por el miedo. Este es el nuevo génesis, e inicio de todo. Aquí comienza la verdadera historia.

Por último, señalo que el catafalco tiene otros 3 niveles y otras 11 caras que me hace falta estudiar y cotejar, y que siendo cronista oficial (retirado) de la ciudad de Toluca, puedo afirmar que la información aquí vertida nunca se había mencionado, jamás había tenido de primera mano información de esta índole y estirpe oral o escrita. Pues, como decía un querido maestro, mi mentor: “Toluca se nos esconde a la vista, y hay que escudriñar sus rincones para descubrirla y entendernos”.

OSCAR JUÁREZ BECERRIL

(Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México). Es vocalista de la banda de garage punk toluqueña Espantimandros. Participó en las bandas Kobardes? y Los Execrables.

Lerdo

Camina liviana por Morelos. A su paso, cortinas herrumbrosas, cubiertas de grafitis, descienden violentas hasta el piso, generando desesperantes cacofonías metálicas. Los autos parecen tener prisa por alejarse del centro de la ciudad, por huir de la enrarecida tranquilidad vespertina.

Su larga cabellera da paso a una faz inconmovible que hurga ávida el entorno. Un vestido largo la cubre de los tobillos al cuello. Unos guantes de cuero resguardan afilados dedos.

Llega a la esquina con Quintana Roo. Observa en su elegante reloj que aún faltan algunos minutos para el inicio del concierto, así que se dirige a la Alameda a esperar. Los árboles mueven su imponente melena. Al pasar junto a los querubines que adornan una de las fuentes, siente sus pétreos ojos, que la observan. La dama no se inmuta, se mimetiza con las sombras que se tragan el arrebol que cubre la ciudad.

Recorre otra vez la calle e ingresa al inmueble. Se sienta al fondo, en las butacas destinadas a los introvertidos, a los acongojados, a melómanos meticulosos que no les gusta tratar con neófitos. Los asistentes se acomodan saludando a su cofradía. El director llama al orden y el recital inicia.

Inmersa en el agradable mutismo humano, envuelta por las notas taciturnas del piano, distingue un par de ojos rojos que la observan a la distancia; se van acercando conforme avanza la pieza.

Llegado el intermedio, se prenden las luces y observa de cerca a un hombre de tez muy blanca vestido de negro. La saluda cortésmente, manifestando la dicha de encontrar a una mujer tan hermosa entre la multitud. Ella dibuja una sonrisa de agradecimiento y escucha el monólogo sobre los nocturnos de Chopin, de los cuales parece ser un gran conocedor.

Tras el aviso de la reanudación, la sala vuelve a quedar en armonía. La señora advierte la manera en la que el hombre, que se ha instalado detrás suyo, además de suspirar por la música, la acecha, la huele.

La música termina, dando paso a la ovación del público. Intenta escabullirse a través de los cuerpos que baten palmas de pie, extasiados ante una noche donde los músicos le han dado forma al desasosiego. Al final del pasillo aparece una mano que le ayuda a bajar las escaleras. El hombre la recibe con una mueca de dientes amarillos.

Instalados en el *lobby*, entre la multitud que sale del recinto, la mujer escucha alusiones a su origen noble, a su afición exacerbada por la música y por la bohemia. Aprovecha el tema para invitarla a su pequeña morada —así es como la denomina—, a fin de tomar una copa de vino y proseguir la charla.

Ella agradece el gesto y, sin mayor dilación, acepta acompañarlo. Se deja conducir a través de la ciudad inerte. Recorren Quintana Roo hasta la Alameda, giran a la izquierda en Hidalgo. El silencio se propaga doloroso, cortando al viento. Se incorporan finalmente a Felipe Villanueva.

Se detienen frente a una casa lúgubre que ostenta en su fachada ventanas en forma de cruces invertidas, en las que tragaluces macilentos concentran luz marchita. La urbe vacía los ve atravesar un viejo zaguán, que el señor abre con la elegancia de sus delgados y largos dedos incoloros. Cruzan un pequeño jardín, cuyas paredes, impregnadas de hongos de algodón, parecen respirar.

La dama no puede evitar pasar uno de sus dedos a lo largo del muro y llevárselo a la boca.

Al ingresar a la sala, los muebles dejan ver el paso involuible de los años y el refinado gusto del señor. Los ojos de los retratos se posan intranquillos en el infinito de sus muertes. La casa se anima ante compases lúgubres que surgen del empolvado tocadiscos.

El tipo busca establecer una plática interesante con base en su cultura general. Extrae gruesos tomos de su biblioteca para leer fragmentos en varios idiomas o mostrar láminas de extraña belleza. Refiere viajes a través de todo el mundo, los cuales lo han conducido a su estadía en esta álgida ciudad de la parte central del país.

Embriagado de nostalgia, describe la masacre de cien soldados durante la guerra de Independencia, sus paseos nocturnos en las inmediaciones de una pletórica estación de ferrocarriles, la contemplación de una hermosa estructura *art nouveau* que hacía las veces de mercado.

La joven se siente cómoda ante un ego al que no le interesan las contestaciones. Cumple su labor receptora asintiendo,

sonriendo. Se deja halagar y alarga la copa cada vez que el señor le invita un nuevo trago.

El hombre avanza en su velada. Comienza a recitar: “Entonces, con el paso de un dormido despierto, / sin rumbo y sin objeto nos echamos a andar. / La noche vierte sobre nosotros su misterio, / y algo nos dice que morir es despertar”.

Sin detener la perorata, se levanta de su asiento, desliza sus piernas, posa teatral ante su público: “El miedo de no ser sino un cuerpo vacío / que alguien, yo mismo o cualquier otro, puede ocupar / y la angustia de verse fuera de sí viviendo / y la duda de ser o no ser realidad”.

Cerca del amanecer, asumiendo asentimiento en el mutismo, se acerca a la chica cada vez más arrebatado. Intenta excavar con sus sentidos una mirada imperturbable. Acaricia sus hombros con lánguidas zarpas coronadas por apéndices fantasmales.

Ella continúa engullendo humedad.

Seguro de su victoria, con hambre de bestia, quita el cabello que cubre el cuello de la mujer y se asombra de la ausencia, de la vitalidad fenecida, de lo que jamás creyó admirar. La chica voltea, sonriendo con un gesto artificial. Sorbe hasta el final su copa de vino.

Se incorpora del sillón para atravesar la sala con pasos delicados, que no detienen su marcha ante un pesado éter expandido, ante una impotencia inaudita que se aferra a ellos solicitando ayuda. Cruza el umbral de su noche.

El aristócrata se queda postrado en el sillón, anonadado, inmutable. La observa desvanecerse en el jardín. Enloquece al ser consciente de su cuerpo muerto.

Halos de luz se cuelan por las cruces. Lo impregnan de una pátina nostálgica que lo carcome.

YAHAIRA GONZÁLEZ BARAJAS

(Almoloya de Juárez, Estado de México, 1986). Licenciada en Comunicación por la UAEMéx. Es cuentacuentos e integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Sacramento de absolución

Despertó, como cada sábado, de golpe. En los últimos años, ni en días de descanso necesitaba alarmas, pues sus ojos se abrían en punto de las cinco de la mañana. La luna aún brillaba y se asomaba por la delgada división de las persianas. Se bañó, y al limpiar el empañado espejo de afeitarse vio el rostro de Manuel Díaz en lugar del suyo en el reflejo, el primer delincuente que había matado en un cateo. Se talló los ojos y, bajo el agua caliente, alzó la cara. Sólo el sabor a sal le permitía distinguir sus lágrimas de las gotas de agua. Después se puso las licras, tenis y el *puff*. Preparó la pócima para soportar el territorio Xinantécatl. Tomarían la ruta más larga y tenía intención de terminarla sin descanso, así que esta vez la polla sería doble: dos huevos de codorniz y un chorro de jerez. Armó la bicicleta de montaña y emprendió el viaje para encontrarse con su equipo de aventura.

Todos eran amigos desde la universidad y ahora, después de papeleos en la oficina, equipos tácticos, interrogatorios y operativos, destinaban sus sábados a olvidar las jornadas entre las ruedas y su pasión por el ciclismo, los paisajes, las bajadas y las distancias cumplidas.

Lo frondoso de los pinos se comía los rayos del sol. Finos destellos lampareaban la ruta haciéndola parecer fotogramas de un carrete de película de rollo. El sudor corría: las gotas llegaban a la boca, el cuello y se entregaban hasta el final de

la espalda. La respiración, agitada. La infinitud de lo verde le hacía pensar en la subida al cielo, en lo efímero de la vida, en que un día una bala podía atravesarle la cabeza, como a Manuel, en la entrega al destino, sin discusiones ni reproches, de una buena o mala vida vivida.

Más allá del Parque de los Venados, como siempre, se complicaba el pedaleo. La tierra suelta, piedras, grava y la inclinación de la punta del volcán hacían explotar los músculos de las piernas, que ardían, quemaban. La sed era mortal. No bebió, como una especie de manda, como una autoflagelación. Concluyó, bajó de la bicicleta y las piernas temblaron, las sentía como ramas débiles que pronto se romperían por la mitad. Bebió, ahora sí, de la botella sin despegar la boca; vació hasta las últimas gotas y aún tenía sed. Con sus pocas fuerzas, a punta de saltos y cerca de resbalar, bajó hacia las lagunas del Nevado. Cual animal sediento, se hincó y zambulló su rostro en el agua helada y clara. Burbujeó tres veces y salió exhalando todo el cansancio.

Como un espejismo, la vio a orillas de la laguna del Sol: imagen hermosa, desnuda, piel apiñonada y tersa, semejante al barro, cabello negro que le llegaba hasta la cintura con una caída en punta que perfilaba la línea media de la espalda y los hoyuelos que se le formaban en la cadera. Pensó que no era real, que era producto del agotamiento y un síntoma de la insolación. Volvió a beber y la imagen se hizo más vívida, se acercó, la tocó. La muchacha dio la vuelta, le sonrió y, entre el pestañeo, desapareció. Las ondas acuáticas hicieron olas

dejando pensar que algo pesado había saltado al centro de la laguna. Un grito amigo lo hizo despertar del trance. “Voy”, dijo. Subió los peldaños del cráter y sin decir palabra alguna se trepó a la camioneta que los llevaría a Toluca para celebrar con cerveza la hazaña de ese sábado.

Él y sus amigos caminaron por el andador 20 de Noviembre de los Portales. Entraron a la Escalera y ordenaron una ronda de yardas oscuras. Entre orden y orden les dieron las 11 de la noche, era tiempo de pagar la cuenta, dirigirse al estacionamiento y tomar su bicicleta. Se despidió y avanzó sobre Lerdo. Comenzó a llover. Las luces de los autos alumbraban como centellas las gotas de agua que salían disparadas de las llantas de la bicicleta al cruzar los charcos.

A lo lejos, cerca de las ruinas del Molino, vio como sombra el cuerpo de tibio barro de la mujer del cráter. Frenó, pero el asfalto mojado hizo patinar la llanta y cayó. Se incorporó. Recargó la bicicleta en la pared blanquizca y descarapelada y sintió el golpe en la cabeza. Mareado, escuchó una voz que lo llamaba. “Julián, Julián, ven”. Aunque se resistía a dirigirse hacia el eco de la voz melodiosa, su cuerpo maleable se movía, cobijado por el dulce tono que cada vez se escuchaba más lejano. Despertó dentro del Molino entre hierbas altas y tabicones. Cuando sacó su celular tenía cientos de llamadas perdidas de casa, ya amanecía.

Toda la semana siguiente sintió en la espalda un peso irreconocible para su cuerpo, una carga como de cincuenta kilos que creyó que era producto de las dolencias de la caída o del

desgaste de la rodada del fin. Fue al médico. Nada detectaron: huesos, músculos y tendones saludables, diagnosticaron.

Ya no veía la imagen de Manuel en el espejo. Su obsesión por la mujer de la laguna había nublado cualquier recuerdo de aquella tarde en la que las ráfagas de disparos de repente pararon; en la que cruzó el patio grande, donde tres cuerpos yacían terrosos, entró a la casa y le disparó en la cabeza a aquel muchacho de dieciséis años, tras pensar que este se le adelantaría. Al acercarse a revisar el cuerpo que había quedado recargado en la pared salpicada, tomó el arma y descubrió que Manuel ya no tenía balas.

Aquella muchacha en desnudez se le aparecía en sueños, lo llamaba. Justo cuando la besaba, una serpiente le atravesaba la garganta, lo atragantaba, lo asfixiaba. Luego, su forma se hacía humo y unas garras lo arrastraban al fondo de un cuerpo de agua. Despertaba entonces empapado en sudor. Siempre el mismo sueño. Meses después ya le costaba comer, reaccionar cuando se le llamaba y la espalda agotada del peso irreconocible lo tiró en cama, hasta que en un momento ya no pudo ponerse en pie. Los doctores jamás encontraron algo que explicara su situación.

Su madre, creyente de la santería, lo llevó a San Luis Mextepec a buscar una limpia por si había agarrado aire o envidias o por si le habían hecho algún trabajo, porque cargar con un muerto no es fácil, aunque no fuera asesino por voluntad. La santera hizo lo suyo: tomó la ruda, los huevos y le dio el sapo. Esta vez vio a la mujer de barro colgada a su espalda.

En vez de pies tenía cola de serpiente y lo jalaba por los canales del Verdiguel hasta la laguna del Sol. Despertó del efecto alucinógeno. La anciana, tras escuchar la experiencia de Julián, aseguró que esa mujer era la diosa matlatzinca Tlanchana, espíritu de agua, y que sólo con un sacrificio de sangre lo soltaría. “Una muerte por tu vida”, dijo. A partir de ese día las fuerzas de Julián regresaron a su cuerpo, ya no sentía el peso, pero los sueños eran los mismos.

Cansado de no poder dormir, de las madrugadas entre sobresaltos y miedo, pensó bastante en la santera, en el sacrificio y en el hecho de que no quería morir. Así que lo decidió. Elegir la víctima era fácil. Había escuchado declaraciones perturbadoras de los criminales dentro de la fiscalía: violadores, asesinos, secuestradores sin la más mínima pizca de remordimiento. Cualquiera que le tocara investigar y cazar esa semana podría ser. Tenía tres carpetas asignadas: la del violador de una niña de tres años, la de un feminicida serial y la de un sujeto que había matado a una prostituta transexual. El plan estaba trazado. Esa semana trabajaría solo, lo arrestaría y le inyectaría un somnífero para llevarlo hasta el volcán.

Lo encontró. Ya con el cuerpo tumbado en la parte trasera de la patrulla, subió hasta las faldas del Nevado. La tarde-noche se tornó purpúrea, cual cuadro de Rothko. Ese atardecer le recordó el reflejo del sol atravesando los vitrales del Hombre en Llamas del Cosmovitral. Con los últimos fillos de luz llegó hasta donde la camioneta pudo subir. Sacó las cuerdas, la bicicleta y ató al hombre, aún dormido.

Tardó dos horas subiendo peldaño a peldaño. El sudor de repente le cerraba los ojos. La lámpara no alcanzaba a alumbrar más allá de medio metro. La oscuridad le atemorizaba, y conforme más subía sentía cómo criaturas fugaces le rozaban la nuca; sus piernas y el ardor en los pies casi lo doblaban, pero siguió como si subiera los nueve niveles del Mictlán, empujando la bicicleta con el peso de ochenta kilos, llevando a aquel hombre hasta su muerte. Jamás olvidará su rostro y el terror en su mirada cuando por fin despertó y la vio. Rápidamente, como si lo chupara, fue convertido en carne mortuoria, esqueleto con la piel pegada al hueso y ojos que escurrían chapopote, mientras la Tlanchana sumergía ya su débil figura en aquella laguna.

GOYO ROTTEN

(Toluca, Estado de México, 1991). Estudió Comunicación. Ha hecho radio, televisión y escrito para diversos diarios de la ciudad. Actualmente se dedica a hacer *marketing* digital. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

La puerta

*Hay dos en cada cuándo
Una es de ida y otra de vuelta*
DR. TOLOCHE

¿Qué tan roja puede ser la sangre? Pienso en eso mientras escurre por mi pecho. Es tan sombría que la veo café. ¡No, es negra!, igual a tierra mojada. “¿Cómo pudiste creerme, Jacobo?”, dice el doctor, con la cabeza gacha, viendo cómo mi sangre se desliza por el puñal que clava en mi esternón. La puerta, que flota en medio de la arena como desde que la crucé, se cierra con Luis al otro lado y desaparece como por prestidigitación; se va, como mi vida. Me cuesta decir cualquier cosa, el dolor me lo impide. Sólo logro expulsar un sonido hueco que suena como una “a” y una “o” al mismo tiempo.

Mi sangre se funde con las olas y las vuelve rojas. La gente camina por la playa y deja huellas indiferentes, como quien las proyecta. No escuchan mis últimos aullidos, y parece no molestarles verme tendido en la playa, ensangrentado, ni la puerta que flota, la maldita puerta que flota. “Me muero”, pienso cuando caigo de costado y una ola roja abraza mi rostro frío.

* * *

Desde que Jacobo ganó el certamen de literatura en el que también participó Luis, con su novela *Melquiades* (claro, Luis

jamás se lo dirá), le obsesionó la idea de crear una mitología toluqueña. Quería saber todo de la ciudad. Habló con Gerardo Novo, buscó libros en internet y compró otros. Creía que la inspiración llegaba de cualquier lado, pero que también había que buscarla y aprovecharla.

Por azar, encontró en una librería *La Puerta*, un libro que en sus buenos días debió de ser morado. En él leyó una historia sobre el dios Tolo, la antigua deidad de los matlatzincas, de su obsesión con el toloache y cómo había creado el cerro donde crecería, más que otra cosa, su planta predilecta, y que habría de llamarse Toloche. En el último capítulo, que da nombre al libro, el autor hablaba sobre un regalo dejado en el cerro por Tolo: una puerta que podía llevar a cualquier destino que uno quisiera.

Al final, a modo de nota, ponía: “Este relato no es producto sacado de mi imaginación, yo mismo he cruzado varias veces por La Puerta”. Y abajo: “Matamoros #19, sexto piso”.

Contactó al autor (un viejo enano y de ojos grandes, como de mosca, calvo y con abundante barba nevada) y charló con él sobre ese capítulo. Le dijo que muchos creían que estaba loco y que nadie lo tomaba en serio como escritor, pero juró que la puerta existía, aunque “no siempre está en el mismo lugar”. Vivía en una habitación vieja, la cual se encontraba en la azotea de un edificio que ni el mismo dueño sabía cómo llegó a ser suyo; olía a humo y estaba llena de libros arrumbados, además de una estufa, una cama, un sillón y una mesa con una jarra de té naranja llena de hojas de floripondio. El viejo dijo

que sólo los que sabían de ella podían ver la puerta, y que no era el único que había pasado a través de esta. Jacobo no creía nada, pero era una buena historia y quería escribirla: dos escritores que descubren la Puerta, con el doctor Toloche como personaje.

Le contó todo a Luis y le pidió que subieran al cerro, como cuando iban en la prepa. La emoción de Jacobo le impidió notar el desaire de Luis, quien lo veía como un niño incapaz de escribir algo tan complejo como *Melquiades*.

* * *

—Pensar en Toluca como alguien... como algo vivo, lo cambió todo —dijo fatigado, viendo la ciudad desde la cima del cerro: C.U., el estadio, la catedral. Jaco iba cansado pero decidido; yo lo seguía a paso lento—. Dejar de ver la ciudad como un escenario y verla como un personaje cambió mi novela. Por eso gané el certamen.

(Y el dinero. Ganaste con una idea que se me ocurrió una tarde en tu casa, Jaco, fumando, charlando).

—Me alegro por ti. No muchos escriben sobre la ciudad y no los culpo. ¿Qué puede ocurrir en un basurero como Toluca? —dije.

La espina de un arbusto se clavó en mi tobillo, como vengándose de ese último comentario. Una mancha de sangre apareció en mi calcetín. El sol quemaba como en una tarde sin nubes en la playa.

—Échate saliva o tierra, detiene el sangrado. Es clara, no como tu novela *Melquiades* —comentó, mirando la mancha antes de continuar.

Hacía esos comentarios para motivarme, no para hostigar, pero odiaba cuando se ponía como mi padre, aunque fuera con buena intención.

—Me costó mucho trabajo escribir *Melquiades*; es un libro difícil —dije mientras secaba con la playera la saliva de mi dedo.

—¡Ah!, claro. La gente no te entiende y yo soy un esnob. ¿Por eso no lo inscribiste a la convocatoria?

—Con ese jurado, nunca —mentí—. Prefiero traducir libros malos y medio vivir, aunque esté en la edad en la que se frustran las personas y el tiempo me coma. —Paré, inhalé y suspiré para disimular mi enojo—. ¿Qué harás si encontramos la puerta? ¿Crees que nunca la hayamos visto desde hace... ocho, diez años que venimos por acá?

—Entraría —dijo sin titubear—. ¿Qué harías tú?

—Esperaría.

(Después la cerraría, te sacaría de este mundo y escribiría la historia).

—Siempre esperas.

—Todos esperamos algo, Jaco. Toluca sigue esperando una explicación para su topónimo...

—¡Escucha! —Me calló con un índice entre los labios y el otro apuntando al oído.

—¿Qué? —pregunté.

—Agua... Por allá.

—Es como una tubería rota... una grande —susurré y agucé el oído.

—¿En la cima del cerro? —contestó.

Seguimos el ruido del agua como dos moscas atraídas por el olor a mierda. Subimos hasta un lugar en el que fumábamos y mirábamos la ciudad durante nuestra época de prepa. Había una cueva que antes no estaba ahí. Afuera se escuchaba un estruendo, como el del mar rompiendo sus olas ante rocas enormes y erosionadas. Sentí el fresco salir del agujero negro y mohoso de la pared del cerro. Me dio miedo entrar, pero no quería que Jaco la viera solo.

Dentro, a unos centímetros del piso, la puerta levitaba, abierta, y al otro lado alguien daba un paseo solitario durante la tarde nublada en alguna playa.

—Entra —susurré.

* * *

Caigo en la playa, en medio de un grito parecido al de alguien que está cayendo por un barranco. Me aferro al marco de la puerta como ebrio de cantina, y así es como me siento. Atravesar la puerta fue como beber dos jarras de mosquito en una hora. Una pareja de enamorados a unos metros y un grupo de lancheros del otro lado están inmóviles y barridos, como una fotografía de baja exposición. Volteo, aturdido aún, y veo a Luis, temeroso y sorprendido, al otro lado de la puerta. Las personas que caminan por la playa recobran el movimiento

poco a poco, primero lento y luego normal; caminan como si no vieran la puerta flotando en la arena y a Luis a través de ella.

Es desconfiado y evita salir de Toluca, por eso no le gusta escribir de la ciudad. Siempre le digo que su mente prodigiosa, diseñada para narrar historias, necesita nutrirse de experiencias. Una vez le comenté que sus textos eran impecables, pero no tenían alma; tardamos un rato en reconciliarnos. Pero así es Luis, miedoso, tanto que me dijo desde el otro lado que se quedaría para asegurarse de que la puerta no se cerrara. Excusa ridícula si se toma en cuenta que la idea de mi última novela salió de una plática que tuve con él hace un par de años.

No podemos hablar mucho porque parecería un loco que habla solo. Contemplo sentado la tarde gris: la arena oscura por la lluvia que seguramente pasó antes de que llegara; un malecón viejo y lleno de algas verdes; un volcán que parece el Xinantécatl a la orilla de la playa; la ciudad, fría y calmada. Después de un rato, aprovechando que no había nadie cerca, le dije a Luis que iría a dar una vuelta por el lugar. Él me respondió, con esa sonrisa cínica que cuelga cuando se burla de alguien, que si no me apresuraba, escribiría primero que yo de esto.

Las calles del centro son una réplica de Toluca, pero hay algo en el color o la humedad que no es igual: misma gente, mismas calles y edificios. Los puestos en los Portales no venden tortas de chile macho, de chorizo ni de mole verde, sino “ahogadito”, un plato frío de pollo, atún, coco, salsa cruda de tomate, cebolla y cilantro. Pienso en lo tonto que es Luis por

perderse todo esto. ¿Me creería que encontré una versión de Toluca con mar? El aire huele a sal, pero la gente no luce portuaria. En sus miradas no hay apatía, sino melancolía. Lo demás es igual: ciudad gris y nublada.

Voy a la librería donde, en mi lado, encontré *La puerta*. ¿Habrá un “negativo” del libro en ese lugar? ¿Qué dirá? Llego al librero donde encontré el viejo ejemplar púrpura. Debajo del estante, como saludándome, una araña güera de buen tamaño sale rápidamente y trepa hasta un libro titulado *Redes ancestrales: Los matlatzincas*.

Quiero ver qué hay en la calle de Matamoros 19, y si existe algo como el doctor Toloche en este cuándo. Llego a la azotea y lo que miro es exactamente igual a mi lado: la entrada flanqueada por dos daturas color naranja en macetas que parecen echas por matlatzincas, antiquísimas. Llamo a la puerta y me recibe el mismo viejo del otro lado, igual de calvo, con los mismos ojos saltones y la barba blanca.

* * *

Pasé la noche en la cueva, frente a la puerta, que pareció cerrarse en dos ocasiones, pero, como le prometí a Jaco, lo impedí. Vi el amanecer de la playa al otro lado. Estaba preocupado porque Jaco no volvía. “¿Debería salir y pedir ayuda? ¿Y si Jaco volvía más tarde?” Pensaba en eso y en otras cosas en el frío de la cueva: ¿qué pasaría si cerraba la puerta?, ¿escribiría acerca de eso?, ¿si Jaco robó mi idea del “Toluca con vida”,

debería yo robarle esta? Esto último implicaría cerrar la puerta. Cerrar la puerta y escribir su historia.

* * *

Hablé con el doctor Toloche en su azotea hasta que se puso el sol. Aunque estaba nublado, el atardecer en la Toluca portuaria era hermoso. Me habló sobre la relación del toloache con Toluca, de la leyenda del catrín o el hombre cabeza de sapo que se aparece azarosamente a caminantes nocturnos en el Cerro del Toloche. Al oscurecer, fuimos al centro de la ciudad y probé el ahogadito en un puesto ambulante frente a la Santa Veracruz. No sabe nada mal, el coco fusiona el sabor del pollo y el guachinango. El doctor pidió uno con camarones. Me dijo que sólo a los locales les gusta. Caminamos por la playa y fuimos en dirección a la puerta. La vi a lo lejos, diminuta y desapercibida. Mientras nos acercábamos, habló de Tolo. Aseguró que está vivo y que nunca ha dejado de estarlo, que sólo duerme y nosotros andamos sobre él como pulgas sobre un perro, que somos masticados cuando escosamos de más. Dijo que él es el encargado de alimentar a Dios desde antes que los matlatzincas aprendieran a tejer sus redes; que lo alimenta de nuestra maldad, del temor y el dolor de todos nosotros, pero que algunos, como Luis y yo, tenemos un sabor peculiar para Tolo.

El Xinantecátl arrojó una fumarola que lo cimbró todo, ajetreó las aguas. El viejo me miró fijamente, sacó un puñal de mango de madera vieja y podrida con punta de cristal negro.

Estábamos cerca de la puerta. Intenté correr, pero un calambre en el pecho me detuvo. Me abrazó. Una de sus manos empujó el filo, que entró sin esfuerzo. Vi salir la sangre de mi cuerpo, correr por la hoja cristalina y caer por el mango erosionado por el tiempo. Nadie en la playa se percató; éramos tan inmatrimales como la puerta.

Luis estaba sentado del otro lado, en la cueva. Nos miramos. Tenía una expresión de horror más grave que la que puso cuando crucé.

* * *

Me di cuenta de que aunque Toluca y la playa eran lugares diferentes, el día y la noche estaban sincronizados. Decidí que esperarí a Jaco hasta que el sol terminara de salir, que si no llegaba, volvería y me haría el desentendido; pero si regresaba, le diría que si hablaba, terminarían culpándome por su desaparición. Pero no hizo falta nada de eso. Antes de que el sol terminara de salir, vi a Jaco caminando de regreso a la puerta. Venía con alguien; a lo lejos parecía un niño. Cuando se acercaron, vi que era un anciano de baja estatura y ojos saltones. El viejo me miró directo a los ojos por un momento. Su rostro ansioso me provocó más miedo que ver la puerta, era como su guardián. Luego Jaco me vio por última vez mientras el viejo le hablaba. Parecía que discutían. Lo que pasó después fue como un rayo: el anciano clavando un cuchillo a Jaco; Jaco cayendo

inmóvil en la playa; Jaco desapareciendo a ratos por las olas; yo viéndolo todo desde la seguridad de la cueva; el anciano viéndome con una sonrisa cínica, igual a la que Jaco odiaba tanto. Cerré la puerta, no por rencor a Jaco, sino por miedo a quien lo mató. Cuando la puerta hizo clic, desapareció, y sonreí. Tenía una historia que contar acerca de Toluca, en memoria del gran escritor desaparecido Jacobo Espinosa. Le dedicaría el libro y pondría un epígrafe de él.

Quiero describir los ojos de incredulidad que puso Jaco después de la primera estocada, abiertos como grandes faros en medio de la noche, por saber que esperar al fin me había traído algo bueno. No sé si alcanzó a ver mi sonrisa en el último momento, pero espero que así haya sido. Hubiera querido ver su última expresión, pero la puerta desapareció apenas la cerré.

ADRELL ROMERO

(Metepéc, Estado de México). Artista interdisciplinaria. Tiene estudios de pedagogía, teatro, literatura y composición musical. Es licenciada en Actuación por la Casa de Teatro. Ha publicado *Misterios de los zapatos plumas que en tango fado sueñan* (Diablura Ediciones, 2018) y el libro-objeto *Heidi* (Caruso, 2018).

Carambola

1

Las mariposas revolotean en el cielo.
Una pareja corre por Hidalgo rumbo a la Biblioteca Heredia.

2

Rojo, Blanco y Amarilla se observan desde sus esquinas, se llevan el trago a la boca. Van de la mirada

de uno,

al otro,

a ella.

En el atardecer cantan los Perros de Agua.
Rojo y Blanco se miran. Amarilla los observa. Bebe el último trago. De su mochila saca el Árbol de la Vida; duda, los mira, la miran, en un acto de segundos lo arroja. Las mariposas de barro lloran en el piso. El cielo se despinta.

Se miran, contienen la respiración. Ella grita y se aleja por Instituto Literario. Ellos emprenden el camino por Galeana: Rojo, rumbo al centro; Blanco, hacia la Facultad de Antropología.

Esa tarde el uno, el otro y ella habían perdido... Y la biblioteca José María Heredia no sería más ese lugar especial. Los juegos tienen reglas específicas y lo sabían.

3

Rojo

Es una tarde de pájaros, anuncia que el día se acaba. Lluve y la ciudad se esconde. El cielo exprime mandarinas. Estoy solo. Nuestro brindis fue despiadado. ¿Cómo sobrevivir a esta ciudad tan fría, que da besos de monogamia? Y las campanas del Carmen en Viernes Santo me contestan. Niños que juegan fuera del Cosmovital. Me siento estúpido. ¿Qué pensarían si confesara que en el corazón de esta ciudad hay un malecón? Somos unos estúpidos, estúpidos, estúpidos, un trío estúpido...

de Rojo,

al Blanco,

a Amarilla.

Nunca más veremos el Malecón. Y esos niños mojan su esperanza y ríen, ríen, ríen.

Rojo envejeció sin contar la historia de su juventud.

4

El Blanco

No puedo hacerle el presupuesto por teléfono.

Está lloviendo y no lo escucho bien...

Cerca de la Facultad de Antropología...

Sí, está bien, lo veo ahí...

En la esquina de Matamoros y Tollocan...

¡Puede hablar más fuerte, llueve cada vez más!

¿Qué?

Es una gran oferta... no tengo problema de viajar... es probable...

Lo espero, platicamos y resolvemos...

Sí. Puedo viajar inmediatamente.

Blanco no viajaría. Su mente se había ido en la sonrisa de alguien y su cuerpo sería trasladado al centro de rehabilitación Cristo te Ama. No saldría nunca. Les decía a sus doctores que Toluca tenía un malecón.

5

Amarilla

Se detiene en el Billar Roma. Entra a jugar con el objetivo de una carambola perfecta. Su padre le había dicho que para llegar a un objetivo hay que entender la carambola. Una triada de paredes...

de Rojo,

al Blanco,

a Amarilla.

El billar a tres bandas es la modalidad más popular por su complejidad. La mesa en la que se juega no tiene agujeros y las bolas utilizadas son tres: una roja, una blanca y una amarilla. El billar a tres bandas consiste en hacer carambolas. Se considera carambola cuando la bola jugadora golpea a las otras dos bolas en la misma tirada. Pero para que sea válida, la bola jugadora debe haber tocado como mínimo tres bandas.

Ella salió del billar. Sabía que jamás se le permitiría volver a la biblioteca: rompieron el juramento y eso tenía consecuencias.

Amarilla cambiaría su color y vendería flores hasta sus últimos días afuera del Panteón General de Toluca, fue su manera de sentirse cerca de aquel secreto.

6

En la madrugada, a las 00:15, el uno, el otro y ella escucharon por última vez la radio en su estación favorita. Pacto de que no se volverían a ver.

Locutor: Quemaba Roma Nerón, y lloraba de belleza su corazón; quemaba Roma Nerón, y lloraba de belleza su corazón. Javier Corcovado y Los Chatarreros de Sangre y Cielo, del disco *Ritmo de sangre*, de 1993. Y sigue lloviendo en La Bella Fría. Y las fábricas suenan a toda su capacidad en la zona industrial. Y yo sigo sin tener una gota de agua, ja, ja, ja. Un viernes santo con 59 pesos en la bolsa, imagínense, sólo para un Tonayán, un Squirt y dos cigarros, pero vámonos con otra canción. Pero antes un saludo a todos los que recuerdan con las calles mojadas los charcos y... a todos los que dejaron un rostro de ceniza esparcido entre las sombras.

7

La calle de Hidalgo atraviesa la ciudad de Toluca. En uno de sus extremos se encuentra la Biblioteca José María Heredia. Poca gente la visita porque los libros han pasado de moda. Pero los que entran saben que aún conserva un misterio en su silencio.

Es la madrugada de ese Sábado de Gloria. Mientras una carambola fallida escucha la radio, la biblioteca abre sus puertas.

Sale una pareja con el pelo mojado y ella lleva un Árbol de la Vida con mariposas. Felices, ríen entre la lluvia. La cuidadora, doña Rosita, esposa del policía, con su sonrisa eterna vuelve a cerrar la puerta. Ellos saben un secreto que no confesarán. Quien quiera conocer el Malecón de Toluca tendrá que encontrar el libro clave de la colección del poeta José María Heredia y a la abuela doña Rosita, la cuidadora del umbral.

Malecón de Toluca

El libro clave

Abuela doña Rosita.

MARÍA AZUCENA ROBLEDO LARA

(Toluca, Estado de México). Estudió Lenguas. Textos suyos aparecen en diversas antologías, como *Retratos de la soledad* (Editorial Trajín), *Llama de amor viva* (Editorial Norte/Sur) y *Microcuentos de terror en épocas del coronavirus* (Red de Escritores y Escénicas). Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Toluca, una ciudad, muchas ciudades

I

La ciudad estaba en medio de la nada, en un valle entre cerros y colinas. Nadie sabía exactamente cómo nació. Algunos decían que fue fundada por los antiguos señores de la red y que, tras haber sido conquistados, funcionó como campo de entrenamiento para guerreros. Otros creían que no era tan antigua y que su existencia se debía a la llegada de un misionero fugitivo que decidió esconderse ahí. Algunos incluso la proclamaban como la ciudad más importante de una civilización perdida. La verdad es que creció, casa a casa, calle a calle, cada año, lentamente, como los árboles de su alameda.

II

Al principio eran cinco casas improvisadas con leños y paja; un fuego nocturno las calcinó hasta sus cimientos. Aquellos que lograron escapar a tiempo no sabían si valía la pena quedarse a llorar por las cenizas, mas el viento, susurrando entre las ramas la canción de la laguna, les prometió tiempos de prosperidad. Ellos, amasando barro, boñiga y tierra, construyeron adobes. Día y noche construían sobre los cuerpos aún humeantes, y permanecieron ahí, dejando que sus raíces crecieran.

III

Mucha gente llegó sin hacer ruido; venían con el polvo que narra historias de tierras lejanas. Algunos enteros, otros eran retazos que buscaban remendarse. Nuevas casas amanecieron y la modorra se instaló en los atardeceres. Los ojos se cerraban tranquilos por la noche. Un día todo lo conocido desapareció.

IV

Los religiosos llegaron, trayendo a sus espaldas fardos de creencias que apilaron con piedras y oraciones para edificar una capilla a las afueras. Llegaron extranjeros con reglas; llegaron lenguas y prejuicios; llegaron sombras atraídas por el viento de calma y por la riqueza que la ciudad les ofrecía. Bodas, entierros, nacimientos, asesinatos y duelos, con sus respectivas leyendas para ser contadas por la noche.

V

La ciudad aún era muy pequeña cuando los tiempos de abundancia llegaron, pero no para todos. No muy lejos se escuchaba el rugido de la guerra, pero los habitantes cubrían sus oídos con la música de la riqueza, y el hedor de la sangre, que de vez en cuando era traído por el viento, fue disimulado con flores y perfumes. Mas la guerra es algo que se mueve veloz, y cuando menos se siente, los ojos están cegados por el polvo y las manos

cubiertas de sangre. Era demasiado tarde cuando la ciudad se dio cuenta. La noche fue rasgada por disparos y gritos. Las calles, silenciosas y expectantes, se erizaron con el relinchar y el trote de los caballos sobre su empedrado. Jamás habían imaginado tal horror. Y la guerra partió como un suspiro, dejando tras de sí muerte, silencio y cadáveres por enterrar.

VI

Ocasionalmente los recuerdos eran tan desgarradores que sofocaban por las madrugadas, hacían sangrar los puños y gritaban tan fuerte dentro de la cabeza que al explotar reventaban los tímpanos y rasgaban los ojos. Los habitantes trataban de sobrevivir a ellos, pero cada noche regresaban insistentes; horrendas imágenes los mantenían despiertos, con los ojos fijos en la nada, rasguñando las paredes.

VII

Las pesadillas se escurrían bajo los enormes palacios, debajo de la plaza principal, bajo los Portales, donde la gente veía la vida ocurrir tranquila, como si se tratara de algo ajeno a ellos, sorbiendo sus helados. El vacío hacía nido en lo profundo de la ciudad, dilatando sus narices al aroma de antojitos, elotes y algodones de azúcar. Despertaba con la cháchara de comerciantes rumbo al tianguis y chismorreos de las ancianas tras la misa matutina. La ciudad dormía plácidamente arrullada por

el eterno murmullo del viento. Algunas noches la lluvia llegaba con rayos y truenos. En esas ocasiones la ciudad cerraba los ojos hasta que las nubes terminaban su lucha y sólo quedaban atrás charcos y el petricor.

VIII

Una mañana la modernidad llegó como un monstruo enorme con máquinas, fábricas, caminos, autos y radios. Luces cegadoras, música a todo volumen por doquier, semáforos y bocinazos a cada esquina; casas que crecían y se deformaban hasta alcanzar el cielo y llenarse de ventanas. La ciudad se sentía incómoda con los cambios, pero se habituó al nuevo lenguaje y lo aceptó. De alguna manera comprendía que la modernidad es algo pasajero. La nueva gente estaba aburrida e insatisfecha; se movía y reproducía de manera constante. Muchos dejaron sus raíces en las autopistas para llegar a ella. Y la ciudad se convirtió en una ciudad que era muchas ciudades: la de frías noches, con viento aullante chocando contra los vidrios de edificios y susurrando en la oscuridad; a veces somnolienta, pensativa, contemplando rojos atardeceres; en ocasiones, una ciudad de furia callada, que guardaba en lo más profundo de las redes de drenaje sus rencores; la fetidez subía de vez en cuando a la superficie, pero bastaba con taparse la nariz y voltear hacia otro lado.

La ciudad se transformó en un lugar aburrido, suspendido en un invariable presente que de vez en cuando zarandeaba

con un terremoto cuando amanecía de mal humor. Entonces, como si se tratara de una película, miraba temblar los cristales del Cosmovital y a la gente salir corriendo de las oficinas. Así, los años pasaban, los cambios eran tan minúsculos e insignificantes que no vale la pena mencionarlos. La ciudad se volvió cada vez más taciturna, ajena a los gritos de niños y mujeres en las madrugadas; sorda ante chirridos de frenos y navajas rasgando vientres con el rostro cubierto, el ruido de disparos y cristales rompiéndose, el desgarrar de la tela y la desesperación en lotes baldíos; ciega ante los que eran destrozados bajo las ruedas de camiones; muda ante los que nunca regresaban. La ciudad aprendió a desprenderse de los sentimientos, como una serpiente que muda de piel; a permanecer quieta, como una araña expectante mirando los estragos; a habituarse a los ecos.

IX

Pronto la ciudad sintió algo que se agitaba en lo más profundo de sus entrañas. Percibía algo resbaladizo y pestilente reptando en la oscuridad, tratando de salir; algo que la enfermaba cada día más, causándole escalofríos y delirios en los que se veía a sí misma cubierta de miembros cercenados, pudriéndose entre metales retorcidos. Delirios en los que veía ramilletes de ojos colgando de árboles calcinados al borde de un río de sangre que fluía, incesante, por la calle principal y que le producía un asco incontrolable. Una madrugada no soportó más: de las alcantarillas surgió un líquido negro y una neblina verdosa que

la cubrió hasta el amanecer. Después de mucho tiempo, por fin logró dormir.

X

Y la muerte llegó. Puede sonar muy simple, mas la muerte es simple. Se quedó en la ciudad con mucha confianza, como si se hubieran conocido desde siempre. La ciudad se mostraba incrédula ante el ruido de ambulancias; los hospitales que día a día se hacían más pesados, apretándole los subterráneos; el humo de los crematorios, que causa comezón dentro de la nariz e irrita la garganta; los pies y autos que la recorrían cada vez más esporádicamente; las pantallas que fueron apagándose, y mascotas que vagaban sin dueño, perdidas. Incrédula ante casas cuyo peso se aligeraba al ir quedando vacías, cubiertas de polvo en su inevitable decadencia. Incrédula ante el tintineo de los vidrios al caer de los marcos de las ventanas y el desgarrador sonido provocado por los fragmentos de pintura al ir desprendiéndose de las paredes. La realidad se transformaba en recuerdos.

XI

Una mañana despertó tarde y sorprendida. Algo pasaba. Por primera vez, desde su infancia, pudo escuchar el trinar de las aves y el murmullo de árboles al ser acariciados por el viento. La muerte se había ido, dejándola más ligera, limpia.

Entonces la ciudad abrió sus entrañas de piedra, metal y huesos blanqueados. Sacudiéndose las calles, escombros y muertos, se alejó, perdiéndose detrás del Nevado. Nadie la ha vuelto a ver.

MARIFER MICHEL

(Toluca, 1981). Cursó el diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores Mexiquenses Juana de Asbaje. Textos suyos aparecen en las antologías *Historias al descubierto*, *Cuentos inesperados*, *Aullidos de quimera* y *Cuentos del sótano VI*; así como en las revistas *Guía Cultura Metepec* y *Revista Universitaria*, entre otras. Es autora de *Amantes de sobremesa* (Comuna Girondo) y de *Princesas* (Grafógrafxs, 2022). Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Amantes delta

Elena Garro tiene pastillas de colores delta y formas geométricas; frascos y cajas esparcidos en el departamento; cigarros amontonados, botellas de tequila medio vacías, libretas, lapiceros y un diccionario en la mesa; la bipolaridad escondida en los cajones; manías guardadas en el armario; insomnios en el refrigerador; irritabilidad en los tacones; amor desbordado en las almohadas y portarretratos, y cólera pulsante en la máquina de escribir. Bioy Casares, su amante, engreído y escritor.

Una noche diluida en sueños delta: estrellas color cobalto, planetas con matices ambarinos y lunas tonalidad aloque. Elena duerme en sensaciones tornasoladas. Avista a Bioy en un cometa áureo y lo toma de la mano con sus dedos extravagantes. Vuelan por el universo delta y aterrizan en Toluca, ciudad fría y convulsa por sus habitantes apáticos. En Paseo Colón, las nubes, otra vez delta. Las baldosas y postes de luz adquieren forma de bailarines y danzan para Elena y Bioy. Él le entrega su aliento a ella, quien lo saborea como si fuera una gragea sublingual. Las hojas de los cedros blancos se desprenden y caen sobre los cabellos. La pareja se mece en un abrazo, tiritando de frío, mientras el semáforo cambia a verde. Sólo escuchan el crujir de las hojas al pisarlas. Se besan sentados en una banca, con la efusión adherida al pecho como una calcomanía. La Fuente del Águila es cómplice.

En el Cosmovital caminan tomados de la mano. Los cristales se inclinan y las láminas de vidrio se multiplican en colores delta; pareciera que están dentro de un caleidoscopio. Los matices se esparcen en el jardín botánico. Las plantas hablan, las piedras caminan y los estanques son espejos movedizos. El Hombre Sol salta del vitral y los invita a sobrevolar el recinto. Los tres agitan las alas y vuelan. En el aire conversan con las azucenas y los bonsáis. Aterrizan y fuman; una orquídea, el fósforo. El Hombre Sol se diluye en el humo delta.

Más tarde se sumergen en la fuente del Andador Constitución y entretejen sus cuerpos en una burbuja mientras cantan canciones de José Alfredo Jiménez con los mariachis. El gentío los observa indiferente.

Se emborrachan con licor de mosquito en los Portales. En la Plaza González Arratia las palomas vuelan sobre sus cabezas. Bioy pisa una pasta viscosa color marrón grisáceo, que se adhiere a su zapato de charol. Él, tambaleante y encolerizado, abofetea a Elena. Ella lo toma de los hombros, sacude y muerde sus labios; un hilo de saliva resbala sobre su barba y ella lo besa torpemente. Un payaso le obsequia un globo delta a Elena; Bioy lo golpea en la cara. El payaso cae al suelo, Elena lo ayuda a levantarse, después corre despavorido. Los globos se esparcen en el cielo y se camuflajan con los pájaros.

Bioy pone una canción en la rocola: “Las flores”, de Café Tacuba. Ósculos rancios esparcidos en el Café Dalí. Bailan pegados, sin ritmo, bebiendo cerveza arriba de la mesa. Elena contona su cuerpo flácido y Bioy, con voz etílica, entona poemas.

Elena se aburre y se sienta en la barra con las piernas cruzadas. Bioy se pone a su lado y le coloca un vaso en la cabeza. Él le dice que se parece a Guillermo Tell. Elena se carcajea como una guacamaya fosforescente. Bioy Casares saca una pistola del bolsillo del pantalón, apunta y dispara.

Amodorrada, Elena Garro abre los ojos. Octavio Paz yace junto a ella con un agujero en la cara. La sábana, ensangrentada. Ella grita temblorosa. Frascos y más frascos de píldoras delta en el buró. Cuernavaca se asoma por la ventana.

ANDREA VILLARREAL

(Toluca, Estado de México). Estudió la licenciatura en Letras Latinoamericanas en la UAEMéx. Obtuvo mención honorífica en el X Concurso de Narrativa “Elena Poniatowska” (2018) de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Es integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Orfandad

*Contra lo que se dice por ahí,
a los difuntos tampoco les duelen los tesoros olvidados,
soledades o penas pasadas;
bastante tuvieron con el susto de la agonía
como para aferrarse al fardo terrenal del compromiso.*

EDUARDO OSORIO

Nadie sabe nada de él desde hace años. Pregunté a nuestros conocidos. ¿A todos? Sí. ¿Y ninguno tiene un rastro? No. Pareciera que murió hace tiempo. Si hubiera muerto, ya lo sabríamos, habría un homenaje, elegías y todo ese parloteo que les gusta a los intelectuales cuando muere un artista local. A él le gustaba eso, desaparecer, cortar relaciones y después encontrar nuevas víctimas. Pero han pasado muchos años desde la última vez que supimos algo. Lo sé. Anoche soñé con él y contigo, soñé que lo encontrábamos. Yo también lo soñé. ¿Significará algo?

¿Algún día dejaremos de buscarlo? No. ¿Y qué nos hace diferentes a los otros? ¿Somos diferentes? Me consuelo pensando que sí. ¿Y si no? Supongo que fue su forma de graduarnos, de decir que estábamos listos. Pero no lo estamos, nunca lo estuvimos. Lo último que supimos de él es que se enfermó. Sí, y se recuperó. Y también dejó de fumar. Quizás debimos acercarnos más en ese momento, fuimos demasiado egoístas y aún me culpo, tal vez por eso se alejó. Tenía miedo de lo que pudiera pasarle.

A veces pienso que lo encontraré en esa cafetería sobre Matamoros, la única cerca de los Portales que tenía un área de fumadores decente y nos recibió cuando dejamos el Centro Toluqueño de Escritores. ¿Recuerdas a ese grupo de ancianos que tomaban café los sábados por la mañana mientras hablaban de las últimas noticias de la ciudad? Recuerdo a uno en particular, ese que siempre llevaba su tanque de oxígeno; su forma de fumar era muy elegante. Ellos lo conocían. Es inútil, un día me atreví a entrar de nuevo y les pregunté; también ignoran su paradero. No sólo pregunté a nuestros conocidos, también a los suyos, aunque no me identificaban.

Se volvió loco. Ya estaba loco. Era un genio. ¿Por qué renunció a la literatura? No lo hizo, renunció a nosotros, a su vida anterior. ¡Eso es! ¿Y si se mudó? Quizás, pero él amaba demasiado esta ciudad, su Toluca gris, la de sus Diablos. Supe que también dejó de trabajar para la universidad y ahí tampoco tenían referencias de su paradero. Eso era algo que iba a pasar, aunque no desapareciera, no era su estilo acoplarse a las reglas y cuando terminaba un libro se perdía durante semanas. Luego reaparecía con más ojeras y canas; tenía más vida después de esa muerte silenciosa que significaba para él terminar un libro. Era como si el viejo se metiera en una cueva a exorcizar Diablos y saliera como un hombre nuevo. Pues sí, a veces hacía eso, se iba a encerrar a un hotel con algunas botellas y no sé qué más y no salía ni dormía hasta que las palabras se le agotaban. No recuerdo si le gustaba el *whisky* o el tequila. Una vez en su cumpleaños le regalé un poco de café en grano, era

el tiempo en el que trabajábamos mi novela, esa que terminó en la papelera de reciclaje. Él nos tenía más fe que nosotros mismos. Al final optó por encontrar lo mejor de cualquier texto que le lleváramos, tomó un método didáctico diferente. La primera vez que le llevé un cuento lloré. ¿No te lo había dicho? No. Pues sí, tenía catorce o quince años cuando lo conocí y me trató como su igual. En esa época todos fumaban en el Centro Toluqueño de Escritores y mi madre me esperaba afuera. Ella iba a darse una vuelta por los Portales mientras yo jugaba a ser escritora. Había pasado el texto a la computadora y sacado copias en el local de al lado. Era muy ingenua, antes creía que con la pasión se logran grandes obras. Con el tiempo aprendí que se necesita más y él me hizo creer que tenía talento. Era la única mujer y la más joven de todos. Él exigió que me trataran como uno más y así lo hicieron. Ni piedad ni indulto; fueron voraces. Me aguanté las lágrimas hasta salir de ahí y a él no le importó. Al irse me dio un par de palmadas en la espalda y me dijo que esperaba verme la siguiente semana. Otro más vino después de él; no lo conociste, dejó el taller antes de que tú llegaras. Cuando vio las lágrimas en mis ojos sonrió con condescendencia para después contarme que meses antes estuvo en el psiquiátrico porque intentó suicidarse. Habló con total tranquilidad, como si se tratara de cualquier cosa. Dijo que la primera semana que volvió al taller también destrozaron su texto. No supe cómo eso podía ser un consuelo. ¿Se iba a suicidar por el taller? No, dijo que era por otras cosas. ¿Y por qué volviste? Ya te lo dije, me trató como su igual. Con el tiempo aprendí sus

métodos, era duro, sí, y funcionaba. Con él sólo permanecían aquellos que estaban dispuestos a entregarse a la literatura y ser francos consigo mismos, quizás por eso nos dejó.

Cuando tú llegaste, él ya era más blando y vio en ti algo que en mí no: a ti te llamaba maestro, a mí no. Es cierto, pero pasaba más tiempo contigo, incluso trabajaron tus textos solos, te respetaba. Supongo que creía que yo lo necesitaba más que tú. Por otra parte, tú nunca te decidiste a terminar un proyecto. Ni siquiera ahora. ¿Estás celosa? ¿De ti? Por supuesto, ¿cómo no iba a estarlo? Pero bueno, al final somos diferentes y ambos podemos ser buenos a nuestra manera. Si es que algún día seremos buenos. ¿Por qué no podemos creer en nosotros? Es el mal toluqueño, el dios que agacha la cabeza... o mira cosas que otros no. Él no rechazaba a la ciudad, a diferencia de otros. Sí, pero también aspiraba a la universalidad. ¿Cómo podrías hacer que un árabe entendiera a Toluca? Esa es la cosa, él decía que lo universal no estaba peleado con lo particular. Mi problema es que no puedo hablar de Toluca y no es porque no quiera, es porque no sé; por más que lo intento fracaso. Es demasiado mía para entregarla al resto del mundo.

No me dijiste qué fue lo que te hizo llorar. ¿De qué trataba tu cuento? No importa de qué trataba. ¿Qué te dijo? Lo mismo que a ti esa primera vez que te atreviste a llevar un cuento.

Es inútil vivir sin él, ya es parte de nosotros, ¿no lo crees? Sí, aún no ha muerto, espero. ¿Y no te duele? Naturalmente, pero, ¿dónde lo vamos a encontrar? ¿No dijiste que lo habías soñado?

ALEJANDRA GOTÓO

(Ciudad de México, 1991). Estudió Lengua y Literatura Inglesa en la UNAM. Cuenta con una maestría en Antropología Social (Universidad Iberoamericana). Es autora de *Ruptura* (2011) e integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Busco Toluca, me dijeron que existe

Los atardeceres deben de ser rápidos, porque en una ciudad tan ocupada no cabe el tiempo para apreciar los eventos que se repiten a diario. Por eso me imagino los atardeceres con tonos cafés.

* * *

Tampoco debe de haber tiempo de saludar a todas las personas cuando se entra en una habitación. Me imagino a los habitantes apresurándose de un edificio a otro, a veces cabizbajos, a veces viendo hacia el horizonte sin ver nada.

* * *

¿Será que las calles realmente huelen a chorizo? Si cierro los ojos, puedo sentir el aroma mezclado con cera de las velas de todas las iglesias que hay en la ciudad. Quisiera saber si los sacristanes también comen gorditas o si hay algún alimento más sagrado para estos hombres.

* * *

La ciudad lleva el nombre de un dios. Me pregunto si es posible que aún pueda encontrarlo en sus calles.

JOSÉ J. GONZÁLEZ

(Toluca, 1989). Licenciado en Letras Latinoamericanas por la UAEMéx. Es gestor educativo, docente de preparatoria abierta e integrante del taller de narrativa de *Grafógrafxs*.

Toluca underground

“Dicen que somos la cara de Toluca que nadie quiere que se vea”, se podía leer en una de las notas rojas de *El Sol de Toluca*. El periodista Filiberto Ramos afirmaba que el norte de la capital era de las zonas más violentas. Sin embargo, alguien que ha nacido en esos territorios invisibles podía darse cuenta de que la cosa no era reciente; el cáncer siempre estuvo allí, agazapado en la oscuridad de esas calles de terracería a las diez de la noche, en los bordes de las zanjas que corrían al lado de las veredas y besanas. Filiberto, si hubieras conocido el norte de la capital desde chamaco, entenderías toda la podredumbre y pobreza que hay en esas tierras de nadie.

Filiberto, si hubieras conocido el norte de la capital desde chamaco, entenderías toda la podredumbre y pobreza que hay en esas tierras abandonadas por Dios. Sabrías que meterte a esas calles sin conocer a nadie es meterse a lo pendejo. Te lo digo en serio, no somos la cara bonita de Toluca, somos ese pedazo de mierda que la mayoría pretende ocultar en una minúscula porción de urbanidad que ahora cualquier pedazo de imbécil llama Centro Histórico.

No, cabrón, Toluca también es San Pablo Autopan, San Andrés Cuexcontitlán, San Cristóbal Huichochitlán, Tlachaloya y San Cayetano. Todos estos son lugares que están conectados por caminos terrosos que ni de a chingadas cruzarías de noche. Más allá de las últimas casas que podrías encontrar

en El Cajón te topará con una autopista que pretendió hacer más visible este pedo abandonado, pero ¿sabes qué?: allí, en la penumbra cortada por los faros de los automóviles que pasan hechos la chingada, no hay nada más aparte del Plan Cutzamala. Te lo digo de carnales, Filiberto, si no tienes nada que hacer por acá, mejor ni te metas, cabrón.

* * *

Cuando naces en el pueblo tienes ciertas ventajas; conforme vas creciendo vas topando a toda la banda de malandros, incluso puedes apostar que muchos de ellos fueron tus compañeros de escuela, otros más, amigos ocasionales con los que echabas la cascarita. Cuando creces, son estos cabrones los que te sacan esquina con los más jóvenes, pues saben que eres del pueblo, que eres la mera banda.

Hay muchas cosas que acá suceden y no salen a la luz; las personas saben guardar los rumores a los foráneos, pues mi gente es desconfiada. Tan pronto ven que alguien llega al pueblo, las ventanas comienzan a tener ojos. Esas comadronas de calle traen y llevan el chisme como pan caliente, saben santo y seña de los que caminan por estos rumbos. San Pablo es una especie de gran ojo que lo ve todo. Nunca hay que jugarle al chingón por acá, nunca sabes quién te para el tren en seco.

A pesar de ser un pueblo de constructores, uno puede percatarse de las casas en obra negra que se levantan a los lados de las calles; en casa de herrero, cuchillo de palo, dicen los más

viejos. San Pablo es un pueblo gris que se revuelve en polvo durante febrero y marzo. El río Verdiguél cruza por el pueblo como una gran víbora negra. Los abuelos decían que antes traía agua limpia, pero ahora todo es mierda. En época de lluvias, ese cauce arrastra animales muertos, basura y un montón de chingaderas. La gente que vive cerca de él puede escuchar su rugido cuando baja cargado.

Aún recuerdo cuando en 1990 un morro resbaló a las orillas y no fue encontrado sino hasta las presas que están en Villa Seca. Allí estaba el cabrón, todo inflado de tomar aguas negras. También fue por esos años que se encontraron dos cuerpos varados. Nunca nadie supo si habían sido arrastrados o si se los habían echado allí mismo.

En casos más recientes, en el punto que divide El Capulín y El Tejocote se encontró el torso de una morra que habían arrojado a las orillas del río y que los perros comenzaban a devorar. Espero que ese cabrón de Filiberto haya cubierto la nota.

Cuando eres del pueblo, este nunca sale de ti. Lo que tiene San Pablo es que por más que intentas escapar, siempre terminarás regresando. Allí la banda te esperará, porque los compas no olvidan. Todos los cabrones que conozco han terminado acá; algunos regresan vivos, otros más se mueren lejos, pero tarde o temprano llegan a su casa. Me gusta pensar que esta pinche tierra polvorienta es con la que fuimos hechos y que por ello estamos condenados a regresar.

* * *

Después de haber salido de la universidad y haberme titulado en una mierda, como la mayoría de mis amigos lo suponía, me moría de hambre por no encontrar trabajo, hasta que me enrolé al cuerpo policiaco. Mis pendejos amigos de historia, rojos hasta la chingada, estaban emputados conmigo. “Son mamadas, Aristóteles”, me decían los primeros años de servicio cuando me los encontraba en la banqueta tomando unas chelas. “Güey, tú eres poeta, no un puto cerdo”, apuntaban los cabrones de letras. La verdad es que me valía un pito lo que dijeran. Necesitaba comer y, para ser sinceros, entre la poesía y la policía, la última me daba para tragar.

Pasé muchos años como activo montado en la patrulla. Mi pinche capacidad de deducción me ayudaba chingos a resolver muchos desmadres. El mundo es un perro tirano, cabrón. Aquí conoces de todo, sabes con quién no meterte dentro de la corporación y, por otro lado, aprendes a quién jalarte. Tuvieron que pasar muchos años para que dejara la patrulla y se me asignara como agente encubierto.

Para algunos compas del pueblo fue una sorpresa que de un momento a otro dejara de portar uniforme.

“Le metí tres balas a un pendejo que se subió a asaltar al camión”. Después de esta frase les decía que me habían quitado la placa y me habían dejado sin chamba por el resto de mis días.

No sé si mi historia era convincente, pero la mayoría se quedaban tranquilos y preferían darme la vuelta. Había

cabrones que pensaban que estaba loco y sólo me saludaban a lo lejos levantando la mano. Así pasaron los primeros dos años. Agarraba chamba de albañilería, en temporada de cosecha me iba a la pisca, algunos días pasteaba los animales. Todo el desmadre era parte del montaje. Nadie me dijo que estar de encubierto sería una labor de una o dos semanas. Para este trabajo se requerían meses e incluso años. Poco a poco las viejas comadronas hicieron creíble mi salida del cuerpo policiaco.

Así comenzó mi vida como infiltrado en mi propio pueblo. Me compré un Tsuru, al que le puse luces neón y unas pinches bocinas potentes para apantallar al barrio. Los sábados a media tarde ya me unía a los viejos perros para echarme unas chelas en la tienda. Algunas veces podía escuchar a las abuelas contar que había matado a dos personas por mis puros huevos. Los vecinos sabían que ahora trabajaba en la construcción, así como lo había hecho mi padre, y eso los mantenía calmados.

Estando en el pueblo sabes quién entra y quién sale. A veces la misma banda te dice qué rollo con los nuevos; te dan el pitazo de quién es rata, quién es topo, quién es lechuza y zorro. A los borregos y burritos nadie los toca, pero hay que tenerlos bien vigilados. Conociendo al pueblo sabes muy bien a dónde apuntar y con quién hablar.

Cerca de mi tercer año como encubierto y de no tener muchas pistas, el jefe me pidió investigar otros casos en Ecatepec. La cosa era sencilla: le dije a la banda que me había salido un jale fuera de Toluca. Estos cabrones, como son macuarros, saben que la construcción es así.

Los abuelos supieron que me iría por unos días.

—¿Vas a estar mucho tiempo fuera, hijo? —preguntó uno de ellos cuando estaba a punto de abordar el autobús en la terminal.

—Nel, abuelo; este jale es de chutas y retachas —respondí.

Abordé el autobús mientras me palpaba la cintura buscando mi semiautomática. La tarde se teñía de ocre y marrón, como si el polvo de las calles y los campos llaneros se levantara. Recuerdo muy bien que estaba algo deprimido porque dejaba atrás mi hogar.

Pasaron cerca de tres meses. Venía de visita al pueblo cada quince días, siempre con las botas obreras, los pantalones de mezclilla y las camisetas de empresas cementeras. Los compas del pueblo me saludaban y me invitaban a beber con ellos, querían ponerse al tanto de mi vida en Ecatepec. En más de una ocasión les sacaba la vuelta, pues toda la mierda que se vivía fuera del pueblo era más grande e incluso peor, lo que me producía que sintiera repulsión por todas las personas que me rodeaban.

El 13 de julio a las 23 horas, una semana antes de terminar mi asignación en Ecatepec, al fin pudimos dar con el paradero de un múltiple feminicida. Se trataba de un sujeto de más de cuarenta años, moreno y de estatura media alta. Vivía en Jardines de Ecatepec. Esa noche lo acorralamos. Al sentirse en peligro, como un bruto animal, sacó su arma apuntando a uno de mis pendejos compañeros que en ese momento no traía el arma en las manos.

La bala de mi once milímetros le atravesó la cabeza. Lo cierto es que el disparo había sido desde atrás, pues no podía

darle oportunidad al cabrón de que apretara el gatillo. Era la vida de este malnacido o la de mi compañero, un joven agente recién integrado a campo.

Algunos compañeros me dijeron que sólo era cuestión de inmovilizarlo, pero, para ser sincero, conociendo el pútrido sistema judicial, sabía que tardaríamos más en llevarlo al ministerio que en lo que se le ponía en libertad. Era muy seguro que las pruebas que habíamos reunido a lo largo de estos meses fueran tomadas sólo como circunstanciales.

Mis superiores dijeron que no podía hacerla de justiciero, que según existe algo llamado justicia, cosa que me sorprendió viniendo de corruptos cerdos vendidos. La única justicia que existe aquí y en cualquier sitio es la que te compra el dinero. Meneses, mi superior, me sacó del caso tan pronto como le fue posible. Hasta donde los medios sabían, yo no existía allí. Mi nombre nunca se pronunció, pues de hacerlo, se ponía en riesgo la investigación de San Pablo.

Algunos compañeros aprovecharon este incidente para decirle a Meneses que en ocasiones había hecho uso innecesario de la fuerza. Quizá lo decían por el día que le di un patinazo en la mollera a un soplón que no quería soltar la sopa; quizá lo decían también por la ocasión en la que le rompí los dedos a un posible cómplice. No, ya sé, quizá lo decían por la vez que le corté los huevos a un violador capturado con las manos en la masa, so pretexto de resbalarme con el cuchillo en mano cerca del *perro*.

Así como había compañeros que veían en algunos de mis actos un uso excesivo de la fuerza, otros más compartían mis

ideales, y en las más de las veces eran estos cabrones los que metieron las manos al fuego por mí. No digo que lo que hacía estaba mal, pero tampoco estaba bien; pero, si nos ponemos a pensar, son criminales agarrados en el acto, ¿qué otras pruebas quieren para condenarlos? Si a un perro le das la oportunidad de huir después de comer huevos, aunque le quemes el hocico, ten por seguro que lo volverá a hacer.

Meneses mandó una carta a Toluca, en la que se explicaba que era un muy mal elemento, con “pésimo sentido ético y moral de las acciones que tienen que ver con la justicia”. Garcés me acogió de inmediato y me reincorporó a la investigación de la que había sido retirado meses atrás.

“Este pendejete se conoce muy bien esas pinches calles de tierra”, dijo. Mi trabajo era sencillo, volvería a estar de encubierto en las calles de mi pueblo. Me encargaría de hablar con algunos viejos conocidos para ponerme al día.

—Ya llevas buen tiempo en tu pueblo, pinche Aristóteles. No te hagas pendejo y entrégame resultados, cabrón —dijo Garcés.

Este güey estaba tras la huella de un grupo de neonazis que empezaban a sembrar el terror en algunas calles de San Pablo, Pueblo Nuevo, San Andrés, Villa Seca, etcétera. El caso era reciente, tenía un año más o menos. Ya sabía algunos detalles de ellos, pero hasta este momento no tenía nada seguro. Antes de que Garcés pusiera el ojo en ello, yo los tenía licados. A todas luces era un trabajo sencillo, tan sencillo que el pendejete de Garcés lo podía hacer, pero siendo él un tipo

blanco, bien vestido, de choclo lustrado o, lo que es lo mismo, un pendejo policía de gabinete, no podía acceder a los territorios oscuros de una Toluca desconocida para él.

Es aquí donde mi nuevo trabajo comenzaba. Debía investigar si alguien del pueblo sabía algo. “Cuando los chismes son malos, se riegan como agua”, me repetía mientras caminaba hacia mi casa. Garcés me había dicho que por la tarde llegaría a mi domicilio una carpeta con todo lo necesario.

—Mira, Aristóteles, sé que ya llevas buen tiempo en ese pinche pueblo de vacas y nos has dado buenos resultados, pero ahorita deja a los malditos ladrones y asaltantes de Oxxos y concéntrate en estos cabrones.

—No te agüites, cabrón. Déjame hacer mi chamba y los tendrás pronto —respondí.

* * *

Esa misma tarde llegó lo prometido por Garcés. El animal que me entregó los documentos parecía más un cholo, por lo que levantó sospechas de inmediato entre los compas de la calle. Lo invité a caminar hasta la tienda para tomarnos una chela y disimular un poco la extraña escena. El muy bruto me entregó una caja, la cual tomé y aventé al patio. Chema, un viejo conocido del pueblo, no quitaba ojo. Le silbé para que bajara y nos acompañara. Noté que se guardó el filero. Llegamos a la tienda y comenzamos a platicar.

—Quiubas, pinche Che —dije para cortar la tensión que había.

—¿Qué ondas, mi Shub? ¿Quién es el morro? —respondió un poco seco.

—Este güey es un pendejo que conocí de la chamba. Me trajo unas cosas que olvidé cuando me corrieron los ojetes.

—¡Simón, ya waché el pedo! Se ve que el morro no es de aquí.

—Tú tranquilo. Este cabrón es banda. Imagina, venir hasta acá para traerme chingadera y media que ya ni ha de servir.

—¡Simón! Esa es la banda, carnal —dijo Chema mientras se acercaba más al cholo.

Notaba en los ojos de mi compañero el nerviosismo por ser descubierto. Quizá era un novato y nadie le había dicho cuál era el pedo de ser infiltrado en esta zona.

—Oye, Shub. Al rato le caes al chante, tengo un par de noticiones de bandita eriza que llegó por acá. Ya don Pancho te dirá qué pedo pasó hace un mes.

—Ya estás, Chema. Al rato te caigo —le dije mientras me despedía—. Vámonos, güey. ¿O quieres quedarte a chupar más? —agregué dirigiéndome al cholo.

Una hora más tarde, después de que el cholo se fue y de que me metiera a revisar la carpeta de investigación, me percaté de que Garcés iba tras una banda de chamacos miones que habían fundado un club neonazi. Por un momento sonreí y me pregunté quién chingados sigue replicando esas

mamadas alemanas. En la carpeta venían algunas fotografías mal tomadas de morros pelones y casacas de corte militar con sauvásticas.

Lo que nos faltaba en el pueblo: un grupo de estudiantes locos que querían hacerla de tos. Pensé que Garcés exageraba un poco respecto a estos payasos; sin embargo, todo cambiaría tras reunirme con Chema esa misma tarde.

Crucé algún par de milpas polvosas hasta llegar donde Chema. Su casa de adobe y teja roja siempre me había parecido tan particular; era de esas enormes casas que en el pasado albergaron viejas glorias y enormes familias. Lo primero que noté al llegar fue que los perros no estaban; era muy raro, pues desde que conozco a Chema, su casa había estado protegida por un chingo de estos animales.

—¿Qué onda, Shub? —dijo Chema desde una banquita cercana al pozo.

—Ya ando por acá, Che —contesté de inmediato mientras me acercaba a él.

—Siéntate aquí, carnal. —Me señaló una pequeña silla casi al lado de él.

Después de ponernos al día, la voz de Chema cambió. Con un tono serio, comenzó a relatarme todo lo que había sucedido en las últimas semanas. Fue por él que me enteré de que estos cabrones neonazis habían ido a buscar a Vicente y cuando lo encontraron le clavaron tres tiros en el pecho. Como era de esperarse, los policías llegaron y se llevaron detenido a Chema porque estaba allí y todos sospecharon

de él porque Vicente le debía un varo. Gracias a don Pancho, que pagó la fianza, y a un abogado, Chema salió.

En su declaración en el Ministerio Público, Chema había dicho que cinco pelones se habían bajado de una camioneta y abrieron fuego contra Vicente. Pero eso no era todo, porque después de que salió libre, al llegar a su casa encontró a todos sus perros muertos, desde los más cachorros hasta los viejos que apenas podían pararse. “Los muy pendejos me mataron hasta a mis gatos”, me dijo. “Todos mis perros estaban tirados, despanzurrados y despatarrados”, agregó.

La cara de Chema se mostraba dura y llena de ira. Yo sólo podía pensar en los gatos acuchillados, en los perros baleados y ahorcados. Los podía imaginar tirados aquí y allá. Sentí tanta rabia que apreté la mandíbula.

Para este momento yo sabía que todo esto era por los neonazis; sin embargo, me hice pendejo y pregunté: “¿Con quién tienes pedos, cabrón?”. Chema me dijo que las cosas no habían estado bien desde que los pelones habían llegado. Me comentó que una banda de San Diego Linares también había sido pescada por estos güeyes. Los muy pendejos habían matado a tres de los chavos de los cerros; eran borregos, pero eran banda. Lo más seguro es que trataban de atraer la atención de los grandes, pues los pinches borregos eran intocables. Pero ¿por qué querían enfrentarse con esa gente? ¿Acaso querían pelear por el territorio? ¿Acaso querían limpiar?

—La vez pasada vinieron a quemar un par de casas, Shub —dijo un poco cansado—. En la noche vi cómo el fuego se

levantaba. Los bomberos llegaron tarde. Las arcinas se quemaron completas. Mataron algunas vacas de Cecilia, la güerita.

—Hay que estar truchas con esos putos. ¿Quién más sabe de estos pelones? —pregunté tranquilo.

—César y Juan saben más de ese pedo. Creo que el Cocumo sabe dónde se esconden —sentenció.

De toda la banda con la que debía toparme, el Cocumo resultaba ser el güey más violento. Había sido arrestado más de cuatro veces por putearse a gente nomás porque sí. Siempre me había mantenido a raya con él porque decían las malas lenguas que estaba conectado. La verdad, no sabía si estaba con los grandes o con los polis pesados. Hubo algún tiempo en el que se me cruzó la loca idea de que quizá se trataba de algún otro agente encubierto. Este güey era un maldito, de esos con los que no te conviene tragar ni una cerveza.

Regresé a casa hasta tarde. Tenía que revisar los documentos que Garcés me había mandado y completar la información con lo que yo había investigado. Estaba decidido a encontrar algo que pudiera darme alguna pista de sus intenciones aquí en estos pueblos polvosos y abandonados por la mano de Dios. De lo que estaba seguro era de que estos cabrones tenían armas. Si eran un grupo, debían de seguir alguna estrategia de movimiento, no creía que fueran chamacos improvisados, como me lo había imaginado. Estos cabrones sabían lo que hacían.

Me sonaba muy curioso el asunto de los neonazis en los pueblos ubicados al norte de Toluca; quizá a ello se debía el incremento de los homicidios. Conforme avanzaba en la

investigación, pequeños detalles salían a la luz. En más de una ocasión me topé con reportajes del pendejete de Filiberto, quien afirmaba que había surgido una secta extraña que practicaba sacrificios en las canteras. Quizá todo lo que escribía era ficción, pero ¿y si resultaba verdadero? ¿Neonazis practicantes de demoniacos ritos?

* * *

El día que fui a ver al Cocumo, este me dijo que todos eran unos prietos como nosotros, que de nazis tenían nada. “Pinches güeros color de llanta”, me dijo. Así como lo había dispuesto Garcés en su informe, algunos miembros eran morenos. El Cocumo me confirmó que se paseaban por las calles del pueblo los sábados a partir de las ocho de la noche. Miguel se acercó a nosotros para decirnos que dos días antes habían entrado a la tienda de la Chule y que le dispararon al marido, un güey gordo y güero como Ponciano. “Se lo agarraron mientras estaba afuera recogiendo sus cosas para cerrar la tienda”, dijo Miguel mientras encendía un cigarro viejo.

Todo comenzaba a adquirir sentido: se trataba de unos güeyes prietos dándosela de nazis. Hasta donde Miguel y el Cocumo lo describieron, este grupo no atacaba a morenos. Recordé lo que me dijo Chema acerca de las vacas de la güera. A ella no la asesinaron porque el día que le mataron su ganado estaba en casa de su madrina, doña Juana. El esposo de la Chule era un hombre alto y güero, de rancho, pero güero al fin y al

cabo. Vicente, por su parte, era un tipo rubio y blanco que había crecido en el pueblo desde chamaco, porque su mamá lo había traído del norte cuando se vino a Toluca para huir de su esposo.

Todo estaba más claro, el objetivo eran personas que distaran de ser morenas; pero algo no cuadraba: ¿por qué matar a los perros del Chema? La respuesta vino a los pocos días de la boca del Cocumo: “Güey, el pendejo del Chema acuchilló a uno de los pelones. Ya se lo traía vigilado desde que mataron al Vicente”.

Lo que me llenaba de dudas era cómo Chema pudo dar con el paradero de uno de estos cabrones, cuando yo no podía siquiera ubicarlos muy bien.

* * *

Chema había ido hasta la casa de Jobita a buscar a José. Cuando la mamá de este abrió la puerta, el pendejete del Chema se fue hasta la cocina, donde desayunaba José, quien, antes de que pudiera sacar su pistola, recibió dos piquetes en el estómago. Chema había salido corriendo del lugar, pero Jobita gritaba: “Han matado a mi Josecito, lo han matado”.

¿Era José uno de los morenazis que estaba buscando? Caminé hasta la casa para tratar de hilar todo. “El Sumo Sacerdote Mono Negro, de quien aún no se sabe nada, podría ser el culpable de los diversos sacrificios animales que se han llevado a cabo en la zona norte de la capital mexicana”. Filiberto había sacado otra nota referente a esa extraña secta, pero no era mi pedo aún. A los putos periodistas hay que creerles la mitad.

El Cocumo y yo fuimos hasta la casa de Chema, pero el pendejo no estaba. Tomé mi cintura para cerciorarme de que llevaba mi arma. El Cocumo desenfundó una 9mm frente a mí.

—No te apaniques, puto; se la quité hace algún tiempo a un *cerdo* —dijo como para aliviar la tensión.

—Si no lo encontramos primero, los pelones vendrán por él —sentencié.

—Ese güey es un pendejo, me cae que sí. Meterse con esos cabrones está de la chingada.

—Lo que debemos hacer es largarnos de aquí antes de que vengan, porque si no, a quienes los carga la chingada es a nosotros —dije mientras daba la vuelta a la salida.

Salimos de la casa de Chema. El Cocumo jaló para su casa; yo me encaminé para la tienda. Allí estaba Ximena, la hija de Cirila.

—Hola, Xime. ¿Qué tal te pinta el día? —pregunté en tono desenfadado.

—Hola, mi Shub. Pues la neta está pa'l perro —dijo con un tono consternado, la voz se le quebraba—. La cosa se está poniendo complicada. Fíjate que ahora que llegaron esos pinches pelones nadie quiere salir de sus casas.

—No te apures, Xime. Esos cabrones se topan con pared aquí en el pueblo.

—Ojalá que así sea, Shub. —Con una seña me indicó que me acercara más a ella—. No te fíes del Cocumo, algunos dicen que ese güey está tratándose de meter con los morenazis.

Si el Cocomo estaba metiéndose en esas mamadas, era muy posible que el arma se la hayan dado ellos. No es difícil suponer que las 9mm son de uso oficial, lo que me llevaba a pensar que quizá algún alto mando de la policía estaba detrás de este pedo o estos cabrones se la habían pasado asesinando policías.

Esa misma tarde telefoneé a Garcés para preguntar si en estos lugares se habían registrado asesinatos a policías. El muy pendejo me dijo que no sabía nada al respecto, pero que investigaría. No, pues si a leguas se le veía que era un novato en esto de la investigación; ese es el pedo de entrar a puestos chingones por mero palancazo.

En punto de las siete de la mañana del día siguiente recibí una llamada de Garcés: me tenía un registro de asesinatos de policías en la zona norte de Toluca. Me hizo llegar algunas fotos de los occisos; sólo había dos que encajaban con las características que buscaba: blancos y de cabello claro. El primer asesinato se registró dos meses antes de que tomara el caso; el segundo había sucedido en el poblado de San Cristóbal apenas la semana pasada. En estos casos las armas no estaban con los agentes y ambos tenían varios impactos de bala.

Balística no registró ningún proyectil de grueso calibre, lo que de cierta manera me aliviaba, pues esto podía decirnos que aún no estaban trabajando con un grupo del crimen organizado, pues en estos el armamento militar es lo más común. Los pelones estaban empezando o no eran tan pendejos como para meterse con los grandes.

* * *

No salí de casa durante un par de días. Aunque el Cocomo me había ido a buscar en más de una ocasión, le expliqué que estaba un poco enfermo y que mejor pasaba a buscarlo tan pronto me sintiera bien. Esto pareció apaciguarlo un rato; sin embargo, al cuarto día escuché que golpeaban fuerte la puerta.

—Voy, chingada madre —dije malhumorado.

—Apúrale, cabrón —me respondió la voz de una mujer.

Me coloqué el arma en la cintura.

—¿Quién? —Me quedé en silencio esperando alguna respuesta.

—Si no abres, tumbo la puerta, hijo de tu chingada madre —gritó la mujer.

Me acerqué lentamente a la puerta. Al abrir pude ver a una mujer morena vestida de negro y cabello recogido, de un metro setenta de altura, complexión delgada, ojos cafés, piel apiñonada. No recordaba haberla visto por el pueblo.

—¿Quién chingados eres? —pregunté.

—¿Qué putas te importa, cabrón? —respondió con un tono tranquilo pero de autoridad.

—¿Qué buscas?

—Te buscamos a ti —dijo con determinación—. Así es que te vas a subir con nosotros o aquí valiste madres, maestro.

Por un momento pensé que sabían que estaba acá como agente encubierto. Simulé tener miedo, pero en mis adentros

había repasado este escenario más de diez veces. Sabía cómo reaccionar: ocuparía dos balas para neutralizar a la mujer y al conductor; correría a la cocina y tomaría el rifle que está detrás del refrigerador. Todo estaba calculado. Sin embargo, la mujer dijo algo que me tranquilizó:

—Sabemos que eres albañil, cabrón, así es que no la hagas de pedo.

La simple palabra albañil me tranquilizó, pues no sabían nada de mí. La mujer me tomó del brazo y me jaló al auto, que esperaba con la puerta abierta. Como lo suponía, había un hombre más agazapado en la pared. No hubo necesidad de que me dijeran quiénes eran, sus casacas militares y las choyas rapadas me llevaron a concluir que estos malnacidos eran los famosos morenazis. El Cocumo tenía razón, se trataba de banda morena.

Ixche, como me dijo que se llamaba la mujer, me explicó por qué me habían ido a buscar:

—El pedo es sencillo, cabrón —dijo mientras me miraba a los ojos—. En el barrio se dice que eres respetado. Queremos que te unas a nosotros. No queremos hacerla de pedo con la raza de bronce. El pedo es con los güeros, cabrón.

Al parecer esta mujer era alguna especie de alto mando dentro de la agrupación, quizá la reclutadora, la lavacerebros, sepa la chingada. Hablaba de una forma que todo parecía encajar en su lugar. Su don de la persuasión era fantástico. Lástima que hubiera elegido el camino equivocado. Podía sacar mi arma, volarle los sesos a los dos güeyes y amagar a esta

cabrona hasta que me dijera toda la verdad, pero hacerlo implicaría echar a perder la investigación. Me calmé. Comenzamos a andar sobre la calle que rodea el bordo. Ixche me cubrió los ojos durante poco más de veinte minutos. Quizá sólo daban vueltas para desorientarme, quizá ya estábamos en Villa Seca o en alguna casona del centro de Toluca, nunca lo sabré.

Parecían novatos porque en ningún momento me habían registrado para saber si tenía armas. Me quitaron la venda de los ojos y me encontré en una habitación enorme de piso marmoleado, sin ventanas y con varias sillas al fondo. En una de esas sillas estaba un cabrón que Ixche llamó Hermano Mono Negro. Se trataba de un tipo que portaba una máscara ridícula. Entonces resultaba que las pendejadas que decía Filiberto eran ciertas.

—Bienvenido, Shub. Tu compa el Cocumo nos habló de ti. Nos dijo que eras de confianza.

Xime tenía toda la razón. El malnacido del Cocumo estaba con ellos. ¿Desde cuándo? Por un momento pensé que había ido a buscar al Chema para matarlo él mismo.

Me quedé en silencio hasta que el cabrón continuó:

—El rollo está así: no nos interesa matar gente a lo pendejo, aunque lo parezca. No sé hasta qué punto te explicó Ixche, pero lo que nosotros buscamos es hacer justicia por nuestra raza. Basta de que seamos siempre los perros apaleados por los blancos, basta de que se sientan superiores esos malditos hijos de puta. —Las palabras de Mono Negro sonaban vibrantes,

como si fueran pronunciadas por un preparado orador o filósofo, por no decir político.

La intención que tenía era castigar al blanco, que siempre se había salido con la suya, ya sea porque vivía en una situación de privilegio o porque el racismo estructural lo favorecía, incluso con todo en su contra. A decir verdad, los ideales de estos pelones convergían mucho con mi forma de pensar y conducirme. No era que fueran disparándole a los blancos por el puro antojo, no, sino que, como buenos cazadores, elegían a su presa, la estudiaban y después comenzaban la cacería.

Mono Negro me contó de un par de casos de los que se tuvo que ocupar personalmente. Me platicó de un par de jóvenes blancos acusados de violación que habían sido atrapados y puestos en libertad a las pocas horas porque sus padres tenían influencias. Mono Negro se dedicó a cazarlos hasta que, en las afueras de San Cayetano, les disparó a quemarropa. También me explicó el caso del policía asesinado hace un par de días, de quien me dijo que le cobraba a los comerciantes de San Cristóbal una cuota a cambio de protección. A este policía corrupto se le suponían algunos cargos que la fiscalía no quiso tomar por falta de pruebas de los demandantes, quienes terminaban con los locales quemados.

Los casos relatados enmarcaban un sentido torcido de justicia. Mono Negro representaba una fuerza que llevaba a pensar que la única salida era la justicia por cuenta propia. Estos morenazis eran una especie de justicieros organizados. Ellos tomaban la justicia en sus manos, eran jueces y

ejecutores. En términos generales no hacían mal, pero tampoco hacían bien.

—Aristóteles, no somos tan distintos —dijo con voz parsimoniosa—. ¿No te has preguntado por qué no te revisamos antes de meterte a esta habitación?

Esa pregunta me heló la sangre. Mono Negro parecía saber que traía conmigo un arma. No se trataba de cualquier cazador furtivo, sino de un cazador vigilante, organizado y metódico. ¿Qué tanto podía saber de mí?

—No te la quitamos porque sabíamos que lo que te acabo de decir te haría pensar si verdaderamente hacemos algún mal o no. Tú, mejor que nadie, sabes lo podrida que está Toluca. Tú te pareces a mí, ambos buscamos lo mismo: justicia. Pero ¿cómo podemos conseguirla? ¿Cómo podemos hacer que esta se aplique? Olvídate de esas tonterías de las sectas. Filiberto me las pagará en su momento. Aristóteles, ¿o debo llamarte Shub? No creerás en cuentos de ficción, ¿o sí?

De cierta manera las ideas de este cabrón retumbaban en mí. La justicia siempre me había parecido una niña desprotegida que los poderosos manejan a su antojo para su propio beneficio. Eso que nosotros llamamos justicia es sólo una especie de violencia estructural que se aplica al jodido, al marginado, al sucio, al vagabundo... al moreno.

—Vamos a ponerlo más fácil, Shub —dijo Mono Negro con cierta calma—. ¿Qué dirías si te asegurara que aquí conmigo tengo al político que no permitió que uno de tus casos continuara?

Esa pregunta me sacudió por completo. Ahora más que nunca me daba cuenta de que este pendejo me había estado observando desde el principio. Nadie fuera del cuerpo de investigación sabía que yo estaba en el caso de los secuestros. Mi rostro nunca salió en los periódicos, nunca se pronunciaba mi nombre. ¿Cómo era posible que este maldito supiera esto?

—Ixche, ¿puedes traer a nuestro pequeño amigo?

Del fondo de la habitación salió Ixche con un sujeto encapuchado. No podía distinguirlo del todo por la mala iluminación.

—Déjame decirte, Shub, que conseguir este premio para ti no ha sido tarea sencilla. Estuvimos tras él durante muchos meses hasta que lo capturamos. Ya sólo era necesario que tú llegaras a Toluca y, entonces, nuestro romántico encuentro tendría que darse de manera inevitable.

Las palabras que utilizaba Mono Negro sonaban tan misteriosas y profundas que parecían adormecerme en una especie de hipnotismo.

—Ixche, muéstrale, por favor, nuestro presente a Shub.

En el momento que Ixche retiró la bolsa de la cabeza del sujeto que estaba arrodillado a mitad de la habitación, la sorpresa que me invadió me hizo tambalear. Ante mis ojos se descubría la presencia bonachona de Raúl Garcés Estrada, primo hermano de Garcés, el tipo que me había reclutado para esta misión.

A Raúl Garcés lo había topado en más de una ocasión por mera casualidad. Dentro del mundo de la política era conocido

por las grandes sumas de dinero que donaba a las asociaciones de niños en espera de trasplantes de órganos. Los periódicos amaban a este sujeto; siempre estaba en los titulares por sus obras en beneficio de los niños. ¿Cómo era posible que Raúl Garcés estuviera frente a mí?

—Seguro lo reconoces, Shub —dijo Mono Negro—. Pero no te dejes conmovir, porque este maldito es la cabecilla de un grupo de malnacidos que secuestran niños para tráfico de órganos. ¿No te parece curioso que por un lado ayuda a los pequeños, pero por el otro los ve como mera mercancía?

Si todo era cierto, Raúl Garcés fue el político que impidió que los culpables que detuve hace algunos años llegaran a pisar la cárcel, pues de haberlo hecho, ellos lo hubieran incriminado y eso no le convenía a su buena imagen.

—Quizá estás dudando, Shub, pero ¿no es raro que su primo hermano te haya encomendado la tarea de capturarnos? Y eso no es todo, tenemos un regalo más. Tenemos a un viejo conocido que estuvo cometiendo un par de actos detestables en tu pueblo para que creyeras que somos unos criminales. Shub, nosotros amamos a las vacas y gatos; asimismo, no tenemos necesidad de matar perros o de quemar el zacate de tu gente. Este tipo y José, otro conocido tuyo, se hacían pasar por nuestros hermosos hermanos. Engañar trae sus consecuencias, Aristóteles. Engañar es el primer paso para crímenes mayores. Los niños necesitan ser reprendidos.

Ixche apareció con un segundo encapuchado. Esta vez el talante me parecía conocido. Raúl Garcés se había orinado

en los pantalones. Ixche descubrió al segundo hombre ante mí. Se trataba del Cocumo.

—Estos malditos son del mismo bando, Shub. Si no, que te lo diga tu mismo compañero.

El Cocumo lloraba para convencerme de que todo era un malentendido. Trataba de decirme que no conocía a Raúl Garcés ni a su primo hermano, pero Raúl, para salvar su vida, dijo que el Cocumo se había entrevistado en más de una ocasión con su primo. El pedo era no dejar cabos sueltos cuando yo me hubiera encargado de desarticular a la supuesta banda de neonazis. La tarea del Cocumo era eliminarme. Todo estaba calculado desde un principio. La supuesta justicia volvía a mostrarse ante mí como una difusa sombra.

—Ixche, por favor, permite que Shub pueda levantarse de la silla.

El sonido del tren podía escucharse. Mono Negro permaneció sentado, cubierto por una enorme túnica negra. No sabía qué estaba pasando detrás de esa máscara que portaba. No sabía qué chingados ocurría en la mente de este cabrón.

Ixche me desató. Miré fijamente a Mono Negro, luego a Raúl Garcés y al Cocumo. Ella caminó hacia atrás y cerró la enorme puerta de madera a sus espaldas. La luz de la sala era fría y, más allá de iluminar, parecía que todo lo bañaba de una espesa cortina que me impedía respirar tranquilo.

—Cortar la hierba para salvar el trigo —sentenció Mono Negro.

Lo más seguro es que Filiberto Ramos escriba sobre esto. En fin, me llevé la mano a la cintura buscando mi arma, la levanté con sumo cuidado y disparé a la frente de Raúl Garcés y a la frente del Cocumo. Presentí una ligera sonrisa en los labios del Mono Negro.

—Cortar la hierba para salvar el trigo —volvió a decir.

Sin esperar más, volví a levantar mi once milímetros y disparé en tres ocasiones a quemarropa sobre aquella horrible figura que estaba sentada al fondo. Me acerqué a Mono Negro y al momento de querer descubrir quién estaba allí, la túnica y la máscara cayeron revelando un asiento vacío. No había ventanas ni puertas abiertas; allí no quedaba nadie más que yo y una última bala. Sin lugar a dudas, el pendejo de Filiberto tendrá que escribir sobre esto.

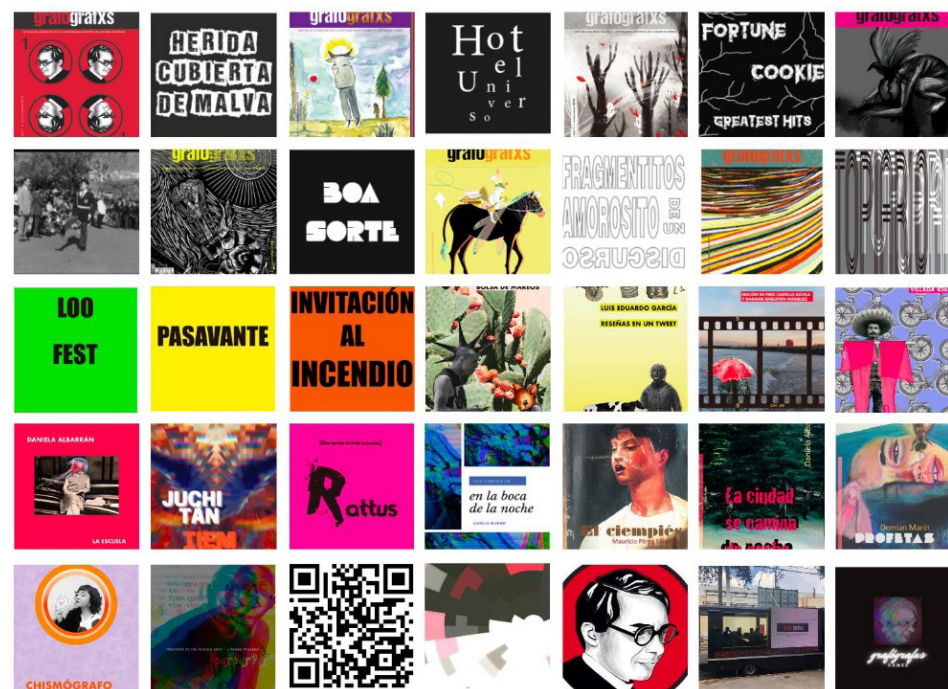
Índice

| | |
|-------------------------------------|----|
| Prólogo | 7 |
| El catafalco escarlata | 10 |
| Lerdo | 16 |
| Sacramento de absolución | 22 |
| La puerta | 30 |
| Carambola | 42 |
| Toluca, una ciudad, muchas ciudades | 50 |
| Amantes delta | 58 |
| Orfandad | 62 |
| Busco Toluca, me dijeron que existe | 68 |
| Toluca <i>underground</i> | 70 |

Parte esencial del proyecto editorial de la revista *Grafógrafxs* es el lanzamiento de lxs escritorxs surgidxs de sus talleres de narrativa y poesía. De ahí la necesidad de acompañar en forma de libro electrónico el trabajo que durante las sesiones de dichos talleres ha sido compartido, discutido y editado. Cada sábado, a través de internet, se reúne una comunidad universitaria nutrida, compuesta por estudiantes, profesionistas y profesores con los perfiles más diversos, lo que refrenda el punto de partida de *Grafógrafxs*: sustentar una comunidad universitaria plural, libre y activa, que, junto con sus estudios regulares o actividades laborales, mantenga el fervor por la literatura, y más aún, que encuentre las herramientas para entender la lectura y escritura como una vía compartida, y pueda así escribir su propia historia y haga valer su voz.

El nombre de las colecciones *Pasavante* e *Invitación al Incendio* hace referencia a dos antologías en formato electrónico de los talleres de poesía y narrativa, ediciones especiales de la revista que aparecieron a principios del 2020 y unificaron la visión entre los autores y los coordinadores de los talleres de dar paso a ediciones individuales, consolidando su mérito y talento en un libro, especialmente en estos momentos adversos en los que la continuidad nos obliga a sumar empeños en el plano virtual. También, con las colecciones *Pasavante*, de poesía, e *Invitación al Incendio*, de narrativa, se convida a participar a los escritores y traductores allegados al proyecto de *Grafógrafxs*, cuyos libros atrayentes y de una estética singular redundarán en la configuración de un catálogo que escolte y acreciente el arsenal de nuestrxs lectorxs. Porque la literatura es una reflexión del mundo lúdica y cruel, exagerada y simple, descalza y bocanada de ostracismo, absurda y posesa, trance y veladura, explicación y vuelo sumergido, ciudad real y hangar de duermevela, cíclope y tumulto, fin del camino e ignición, de nuevo queremos decir que *Grafógrafxs* es el espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos, reconocernos y escribirnos.

Sergio Ernesto Ríos



TODO GRAFÓGRAFXS
grafografxs.uaemex.mx

Síguenos

 Grafógrafxs UAEMex

 @grafografxsuaem

 Grafógrafxs UAEMex

Contacto

 grafografxs@uaemex.mx

Corcova, diez relatos sobre Toluca. Antología del taller de narrativa de grafógrafxs, es una publicación especial (colección Invitación al Incendio de narrativa) de *Grafógrafxs*, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, Edificio UAEMITAS, Leona Vicario, No. 201, 3er piso, Barrio de Santa Clara, C.P. 50090, Toluca, Estado de México, Tel. (722) 481 1800.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.

Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2020.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 4, núm. 4, de *Grafógrafxs*, octubre-diciembre de 2022.





INVITACIÓN AL INCENDIO / NARRATIVA

grafógrafxs

